

BOLSILIBROS BRUGUERA



SERVICIO SECRETO

experto en fantasmas

peter debry





SS

SERVICIO SECRETO



PETER DEBRY

EXPERTO EN FANTASMAS

Colección

SERVICIO SECRETO n.º 1.156

Publicación semanal

Aparece los MIERCOLES



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

Depósito legal: B. 34.090 - 1972

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: octubre, 1972

© PETER DEBRY - 1972
texto

© MIGUEL GARCIA - 1972
cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1972

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades e hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

**ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

- En Colección **BISONTE SERIE ROJA:**
1.282 — La muerte no descansa.
- En Colección **SERVICIO SECRETO:**
1.153 — Osario en el caribe.
- En Colección **BUFALO:**
950 — Cazador de apaches.
- En Colección **CALIFORNIA:**
807 — La muerte a la grupa.
- En Colección **SALVAJE TEXAS:**
865 — La ley de los pistoleros.
- En Colección **COLORADO:**
761 — El retorno del fusilado.
- En Colección **PUNTO ROJO:**
525 — Ronda de verdugos.
- En Colección **ASES DEL OESTE:**
663 — La marca del desesperado.
- En Colección **KANSAS:**
720 — Banda de embrujados.
- En Colección **BISONTE SERIE AZUL:**
87 — Tierras malas.
- En Colección **BRAVO OESTE:**
550 — Dos para un patíbulo.
- En Colección **BUFALO SERIE AZUL:**
10 — Tumbas tempranas.

CAPÍTULO PRIMERO

Quien no conocía el historial de Harper Silverton, al verlo por primera vez, le consideraba como el clásico caballero británico. Por sus blancos cabellos, su tez sonrosada, sus grandes ojos claros y su porte arrogante.

Pero el joven inspector Harris, de Scotland Yard, no le miraba con la menor simpatía, mientras entraba Silverton, en el despacho del alcaide de la prisión de Dartmoor.

—Por tercera vez, Silverton, va usted a salir en libertad —dijo a modo de saludo el joven inspector.

—Y es seguro intervino el alcaide— que Silverton se enmendará y no abandonará de nuevo el camino recto. La distancia más corta entre dos puntos, Silverton, es la línea recta y no la sinuosa. Les dejo a solas. Es la hora de mi ronda.

El alcaide, se levantó y al pasar ante su ex inquilino, manifestó:

—Es mi deseo no volverle a ver más, Harper Silverton.

—Se lo agradezco, señor, y comparto plenamente su deseo.

Al quedar a solas con el inspector, Harper Silverton agregó:

—Sin rencor, Ronny, sin rencor.

El inspector se envaró, replicando adustamente:

—Me llamo Ronald Harris, y no le consiento familiaridades. Si usted conociera lo que es la vergüenza, hace tiempo que habría muerto, abrumado de sonrojo. Y créame, dele gracias a que los años han transcurrido y peina usted cabellos blancos, porque de lo contrario, con gran placer y privadamente le haría saltar las muelas.

—Estoy todavía muy fuerte, inspector, pero renunciaría a boxear con usted, porque pese a todo, usted no es un mal hombre.

Harris se cruzó de brazos en el colmo del estupor.

—Eso faltaba. Casi me perdona el ser inspector, ¿no es cierto? Oiga, Harper... y le llamo así para diferenciarle de su familia, que no tiene culpa de llevar su apellido... todavía no sé si es usted un sinvergüenza carente de todo sentido moral, o es sencillamente un amoral.

—¿Y si lo discutimos por el camino? Tengo ansia por viajar en la imperial de un viejo autobús.

—Antes ha de oírme, Harper. Puede sentarse.

—Gracias. Si a su amabilidad añade la de invitarme a fumar, no me opondría.

Harris tiró sobre la mesa un paquete de “Capstain” que el liberto cogió

con avidez encendiendo uno con gestos rápidos y exhalando una amplia bocanada de humo azulado.

Harris buscaba las palabras, pese a haber preparado su discurso desde el día anterior. Por fin, atacó de frente:

—No soy ningún sentimental, Harper, y me dobla la edad. Me resulta molesto inmiscuirme en su vida privada. Si usted nació para ser un granuja empedernido, nunca debió casarse.

Harper Silverton frunció el entrecejo, y brillaron sus ojos, pero siguió fumando en silencio.

—Escuche, Harper, es impropio de mí, tener que entrometerme en su vida privada, pero he de hacerlo porque...porque lo estimo necesario.

—Adelante, Ronny. Se lo permito y tolero. Usted tiene un buen corazón, y no importa que sea de la policía. Allá cada cual con sus aficiones. Adelante, Ronny.

Coloreados los pómulos, Harris especificó duramente:

—Su esposa es una señora que no merecía tener por marido a un solemne granuja como usted.

—Conforme. ¿Qué más, Ronny?

—Quebrantar la ley, vivir amoralmente, no trabajar decentemente, son delitos para los que existen castigos. Pero, ¿qué castigo puede ser suficiente para un infractor que comete el más imperdonable de los delitos?

—Robar sin efusión de sangre ajena no es delito tan grave, a mi entender, inspector. Y además, ya he cumplido los tres años de condena, ¿no?

—Durante los cuales, su esposa ha sobrevivido porque es trabajadora y muy honrada. ¡Usted, en cambio, es la vergüenza de la familia! Yo he visto con mis propios ojos a la señora Silverton agobiada bajo el peso de la ropa que layó y planchó durante el día, y entregaba al anochecer. ¡Ya sé! Tiene derecho a decirme que no tengo edad ni derecho para hablarle así.

—No se lo digo, inspector, pero no puedo evitar el pensarlo. Hay algo que ignora usted. No soy jugador, no bebo nunca más de la cuenta, no quiero a más mujer que la mía legítima, pero al igual que el tahúr ante el naípe o el borracho ante el frasco y el mujeriego ante las faldas, pierdo el control de mi voluntad cuando veo la ocasión de apoderarme de algo. Es como una enfermedad...

—Veamos, Harper... Ya tiene cincuenta y cinco años. Empezó a cumplir pequeñas condenas a los veintidós. Se casó a los treinta y tres, y trabajó honradamente durante seis meses hasta que vació la caja de la empresa de donde trabajaba.

—La tentación fue irresistible.

—Su hija nació cuando usted empezaba a cumplir una condena de siete años. Salió a la calle, y al cabo de cinco meses, volvió a reincidir,

cumpliendo cinco años más, por robo con premeditación y nocturnidad. Parecía que se había redimido y durante unos tres años, iba todo bien, hasta que volvió a recaer.

—Y usted me pescó y me llevó a la cárcel. ¿Por qué me cuenta usted mi propia historia, Ronny?

—Ahora, su hija tiene veintiún años, y todos los horizontes cerrados porque usted no es el padre que ella se merece. Su hija ha ayudado a la señora Silverton en las labores de la casa y en los trabajos que les permitían ir viviendo... ¡y mandarle a usted, el tabaco, la fruta y la comida! ¡Vergonzoso, Harper Silverton!

—Lo es, lo es —convino sinceramente Harper—. ¿Puedo coger otro cigarrillo?

—Su hija ha estudiado en casa, taquigrafía, correspondencia comercial, y aprendió francés, español y alemán, gracias a que tres nativas, a cambio de sus lecciones, tenían gratis la ropa limpia y planchada.

—Lucy es una chica formidable, orgullo de la familia.

—¡Y no puede encontrar un trabajo decente ni un novio adecuado! ¿Y sabe por qué, Harper? ¡Por ser hija del bribón que...!

—¡Alto ahí! —y Silverton se levantó fulgurantes los ojos—. Lucy sabe que soy como un enfermo. Y ya no le consiento más intromisiones, señor policía.

Harris se levantó también. Dijo severamente:

—Présteme mucha atención, Harper. No quiero que los ojos de su esposa se quemen llorando ni que Lucy tenga que vivir como enclaustrada. Si vuelve usted a recaer en lo que llama enfermedad, y yo lo califico de amoralidad, ¡le doy mi palabra de que no irá usted a la cárcel, no! ¡Irá al sanatorio hasta el fin de sus días! Recuérdele bien. Emplearé todos los recursos para condenarle a ser barrido del mundo. Y ahora, adiós, Harper. Ya conoce el camino de salida.

—Bueno, sin rencor, inspector Harris.

Silverton recogió del suelo su hatillo de ropa y al abrir la puerta del despacho encontró al guardián que le entregó su documentación, despidiéndole con un cordial:

—Adiós o hasta la vista, Harper.

—Por mí, adiós.

Cruzó cinco rastrillos, y en cada uno de ellos, el celador le despedía con parecidas palabras. Para todos, Harper era un granuja simpático...menos para el inspector Harris.

Al dejar la última reja, aspiró Silverton con deleite la fragancia de la lluvia otoñal que bruñía el amplio patio, aparcamiento de coches y salida de la prisión.

Al doblar la esquina dispuesto a emprender el camino hacia la estación, sonrió íntimamente emocionado.

Una mujer, bajo la protección de un descomunal paraguas, trataba también de aparentar calma.

—Buenas tardes, señora Silverton. ¿Qué tal la salud?

—Estás muy bien, Harper. Muy bien...

—Apenas te he divisado un pedazo de azul me apareció en el horizonte, señora Silverton. ¿Y la niña?

—En casa, preparando los pasteles que te gustan, Harper.

Silverton besó en ambas mejillas a su sufrida esposa. Echaron a andar y Harper respiraba a pleno pulmón. A lo lejos se recortaba el poblado y la estación.

—Dime, señora Silverton; ¿soy un mal hombre?

—Nunca lo fuiste, Harper. Eres... tienes una mala pasión, y luchas contra ella. Lo sabía ya al casarme contigo, y pensé que tal vez yo te ayudaría a vencer tu mala pasión.

—Y lo conseguiste. Sin ti, yo hubiera terminado mucho peor. ¡Estos malditos dedos que no pueden estarse quietos cuando hay cerca una caja cerrada! Pero ahora todo será diferente. Ya va siendo hora que domine mis ímpetus juveniles, y sentar la cabeza.

En el tren, manifestó Silverton:

—Llegando a Londres, te dejaré unos instantes, porque tengo que ir a Wapping.

La mención de uno de los suburbios peor afamados del gigantesco puerto londinense, hizo que ella se estremeciera.

—Se trata de mi porvenir —siguió diciendo el liberto—. Un amigo me indicó que fuera al Parrots de Wapping, donde es casi seguro que encontraré trabajo decente. Quiero volver a casa, decentemente, anunciando que tengo trabajo. No quiero que Lucy se figure que soy un vagabundo.

—Ella te quiere tal como eres, Harper.

—Bien, pero, ¿y mi dignidad, señora Silverton? Hacia las ocho vendré a cenar.

En la estación terminal, ella titubeó unos instantes, pero él sonrió:

—A casa, señora Silverton, sin el menor temor, que ya soy mayor de edad. No estaré más allá de una hora en el Parrots.

Y Silverton se alejó hacia el tenebroso mundillo de los docks del puerto de Londres.

CAPÍTULO II

En la taberna Parrots para tener derecho a degustar el cálido brebaje mariner de limón, poca agua caliente y mucho ron, se precisaba al igual que en los más selectos clubs de Mayfair, una recomendación de dos “socios”.

Silverton se encaminó rectamente al mostrador y repiqueteó sobre el cinc. El camarero fregando un raso de grueso cristal, dijo desdeñoso:

—Se equivocó de puerta, abuelo.

—La gente analfabeta si mantuviese la boca cerrada, saldría ganando, porque si no hablas, nadie se da cuenta que eres un pollino. Dile al patrón que me envía el león de Rodesia con recuerdos para el australiano.

Lo, última frase surtió un efecto mágico. Tras el camarero, se entreabrió una cortina, y una mano velluda hizo un ademán invitador, mientras una voz ronca advertía:

—Paso libre al amigo, Ted.

El camarero se apresuró a levantar parte del mostrador, y por el abierto resquicio, se deslizó Silverton.

Apartado el cortinaje se halló en la trastienda que almacenaba barriles, frascos y latas de conserva. Sentado sobre la mesa, el patrón de la taberna mostró un taburete.

—Póngase cómodo, amigo. La contraseña solamente pudo dársela alguien que está en cierto lugar.

—En Dartmoor, de donde acabo de salir ahora mismo. Nadie me ha seguido. Lo garantizo.

—¿Ron, cerveza, ginebra?

—Dos dedos horizontales de ginebra. Entona el estómago, patrón.

—No hay mejor medicina, amigo. Bien, ¿y qué me cuenta?

—Me afirmaron que usted podía darme trabajo.

—Seguro que sí. Un camarero de barco como usted, con ese aire respetable, puede servirme. Arreglaríamos lo de los antecedentes. Si le recomienda Lipps, usted vale.

—Valgo. Lo segundo que deseo es tener una entrevista particular con Folker. Todo se sabe allá en Dartmoor, todo. Me llamo Harper Silverton.

—Usted está fuerte, tiene aún años de vida por delante, y le puedo proporcionar un buen trabajo. No es ningún jovencito imprudente y valdría más que se olvidase de Folker.

—Por si lo ignorase, que lo dudo, he de aclararle lo que ha hecho

Folker. Ofreció trabajo a mí hija Lucy. No es tonto el tal Folker, no. Se dio cuenta de que mi hija Lucy es una perla, y diciéndole que era amigo mío, le ofreció trabajo.

—Es pues, amistoso, su deseo de ver a Folker.

—Usted sabe perfectamente que no, puesto que antes me recomendaba prudencia. Uno que llegó a Dartmoor, me contó lo que pasó. Folker quiso engatusar a Lucy ofreciéndole un contrato de supuesta secretaria en una empresa de Montevideo. Hasta ofreció arreglar además del pasaje la documentación ya que había que añadirle un año a la edad, porque Lucy era menor cuando Folker la visitó. ¿Fue o no canallesco? Usted conoce a fondo nuestro ambiente, y sabe lo que representaba aquel contrato. Una desgraciada más para añadir a los batallones de “blancas” con el falso contrato que la habría llevado a cualquier rincón lejano de la pampa, como supuesta camarera de tugurio. Y mintiendo desde un principio porque ni yo conozco a Folker, ni él me habló una sola vez.

—Folker es hombre de mal genio. Han aparecido muchos ahogados en el río, a causa de un empujón de Folker.

—Trataré yo de ser el primero en empujar. Le voy a pedir un favor, patrón. Si es cierto que Folker presume de ser el más “guapo” de Wapping, no se negará a una entrevista muy particular conmigo. Un arreglo de cuentas entre él y yo. El que pierda, mala suerte. Le cito para esta noche a las once y media en la fachada sur del hangar Kiln. No llevaré nada ruidoso. Bastan la matraca y un buen cuchillo.

—¿Por qué crees tú que yo transmitiré tu encargo a Folker?

—Primero, porque otro que no fuera yo, hubiese denunciado a Folker a la policía. Segundo, porque en Dartmoor, Lipps me aseguró que hablando contigo este asunto quedaría resuelto.

El patrón del Parrots se encogió de hombros.

—Tú lo has querido, Harper. Esta noche, a las once y media, Harold Folker te esperará en el Kiln.

Se dirigió Silverton hacia el mísero barrio exterior al norte de Whitechappel en donde en tres habitaciones angostas, pero bien adornadas, le esperaban su esposa e hija.

Lucy Silverton tenía el encanto excepcional de la inglesa cuya suave belleza destaca por no abundar muchos. Un cutis sonrosado, grandes ojos de un gris claro, sedosos cabellos castaños y un cuerpo esbelto y ágil.

Abrió ella, abalanzándose en brazos de su padre. Trataba de reprimir sollozos, y sonrió Harper:

—Estoy de vuelta, Lucy, no de ida. Ha sido para mí una gloria saber que durante mi ausencia has aprovechado honradamente el tiempo. ¿Está la cena, señora Silverton? Hablarás luego, Lucy.

Terminada la cena expuso el liberto:

—Creo que esta misma noche embarcaré. Un magnífico empleo. Claro

que estaré ausente largo tiempo, pero a la vuelta, traeré buen dinero, ganado decentemente y tendrás lo que por tanto tiempo has deseado: una casita en las afueras. No admito controversias, señora Silverton. Enjuga esas lágrimas, pensando que el clima de alta mar me sentará mejor que el del ambiente. He decidido regenerarme. No quiero ya ser la vergüenza de los Silverton.

—¡No lo eres, Dad! —exclamó impetuosa Lucy—. Tal como eres, te quiero mucho, horrores, y bastará que nos des tu palabra de hombre; de no... en fin de... Bue no ya nos comprendemos.

—Eso es. Nos comprendemos, y eso me conforta. En mi ausencia, te haces cargo de tu madre, Lucy. Puedes conseguir un buen secretariado, pero cambiarás de apellido por si las moscas. Llevarás el eufórico apellido de tu madre. Es una orden. Serás Lucy Gibson. Y no atiendas a anuncios. Coloca uno en el *Times*, el periódico de la gente seria. Bueno, ahora voy a irme... Sin llantos ni comentarios. No me hagáis difícil la despedida.

* * *

Los hangares del Kiln extienden sus estanques formando como piezas de un gigantesco rompecabezas, en uno de los parajes más desolados del melancólico puerto brumoso.

Harper Silverton oyó los carillones de la iglesia de Santa Ana, la patrona de los capitanes de largo curso, desgranar las once y media.

Contorneó el Kiln pisando firme, lentamente. A su derecha, el río susurraba negras sus aguas. El empedrado relucía grisáceo.

A irnos diez pasos, un farol despedía su halo rojizo, siluetando al hombre que se apoyaba en el asta de hierro forjado.

Fue aproximándose Silverton, alzadas las solapas, como el otro, y embutidas las manos en los bolsillos.

Se detuvo a dos pasos del farol, escrutando al silencioso sujeto de gorra impermeable calada hasta las cejas, alto y ancho de espaldas, enfundado en el abrigo impermeable de cuero.

—Malas noches, si te llamas Folker —saludó Silverton.

—Peores para ti, si eres Harper Silverton —replicó el otro.

Al reconocer la voz, exclamó Silverton asombrado:

—¡Usted...!

—Pediste por Harold Folker, y aquí me tienes. ¿Qué pasa?

—Que uno de los dos se va a beber unos cuantos litros del Támesis.

—Prefiero el vino. ¿Por qué estás así de encrespado?

—Es indecente lo que has hecho, Folker. Tú, considerado un reyezuelo del hampa, cometiste la canallada de querer engañar a la familia de un encarcelado, de un hombre como yo que pertenece a tu ambiente.

—El empleo que se le ofreció a Lucy hubiera sido productivo...

Silverton avanzó un paso y Folker dio un salto a un costado. Al igual que su antagonista mostró las dos manos.

En la izquierda la matraca, en la diestra el cuchillo.

—Es impropia de ti esta necedad, Harper. No hay en todos los muelles quién me pueda ni con los puños, ni con la matraca y el cuchillo. Piensa un poco... Yo puedo ofrecerte trabajo.

Se buscaban en la niebla, apartándose del halo de luz. Unos relámpagos de acero surcaron la bruma en respuesta. Las dos matracas rasgaban el aire en golpes secos. Esquivaban ambos con destreza.

Más atlético retrocedía Folker, hablando:

—Hay buenos billetes a ganar para un tipo como tú, de aspecto distinguido, y con la latíte,... No seas majadero, Harper, y olvida el error que cometí... ¡Cuidado Harper! Si persistes, voy a matarte por necio y terco...

La lucha siguió arrojada en la niebla, esfumándose cada vez más las dos siluetas agresivas.

Aquella noche, las lanchas patrullas de “repesca” sacaron, como siempre, varios cadáveres de ahogados.

Uno de ellos tenía el cuello abierto de un cuchillazo y en las sienes golpes identificables como los clásicos impactos de matraca.

Desde el Depósito, el sargento de guardia telefoneó al inspector de Scotland Yard, Ronald Harris.

—Cumpliendo la orden general, señor, dada por Scotland Yard, de comunicarle cualquier incidente relativo al liberto llamado Harper Silverton le doy parte, señor, de que ha sido extraído del río el cadáver de un hombre apuñalado. En su chaquetón hay una etiqueta bordada con el nombre de Harper Silverton.

—Voy allá.

Media hora después, el inspector Harris, firmaba el acta de identificación del cadáver.

A la mañana siguiente, en el barrio donde era conocida la familia Silverton, supo que Harper había anunciado que embarcaba la noche anterior rumbo a Australia, para una larga ausencia.

El inspector Harris prefirió mantener en silencio el hallazgo del ahogado con una etiqueta borrada.

CAPÍTULO III

El anuncio, una vez interpretadas sus abreviaciones, decía:

“Señorita, dominando español, francés y alemán, correspondencia comercial y taquigrafía, se ofrece. Lucy Gibson, Holbom Road, 37.”

Lucy Silverton lo releyó varias veces. Anhelaba trabajar, y sobre todo conocer otro mundo que no fueran las lúgubres callejuelas de Whitechappel.

A las cuatro de la tarde un repartidor le trajo un rectángulo azul. Telegrama interurbano. Tras rasgar con dedos trémulos el papel, leyó Lucy:

“Señorita Lucy Gibson.

“Su anuncio inserto en el Times, puede ser inicio de beneficiosa colaboración. Sírvese presentarse de cinco a seis en las oficinas Craig y Compañía, Exportadores Importadores, West India Road, 10.”

Desilusionada, susurró Lucy:

—El puerto...

—Para empezar todo es bueno, niña. Además, en el puerto, chicas de tus cualidades, se han labrado excelente porvenir. Ya sabes que las oficinas de allí pagan sueldos crecidos.

—Iré —replicó ella sin entusiasmo.

Al descender ella del autobús, miró con desencanto el sucio aspecto de los edificios que iniciaban los muelles West India.

El número 10 de la calle era una construcción achaparrada, de dos plantas, no más ancha su fachada de unos seis metros, con una sola puerta. Daba impresión de pobreza, hermetismo y abandono.

La puerta de recia madera tenía un aldabón herrumbroso simulando una mano humana. Lucy Silverton titubeó, casi dispuesta a abandonar su propósito de “iniciar una beneficiosa colaboración” con la Craig & Co.

Hasta el rótulo-cartel era mísero y vetusto. Una tablilla de madera carcomida, pintada en esmalte rojo, colocada sobre la ranura del buzón.

Se decidió, alzando el aldabón. Los dos golpes repercutieron en el interior, como si dentro no habitase nadie. Ni muebles, ya que la doble llamada resonó con hueca amplitud.

Oyó ella un rechinar sobre su cabeza y algo asustada, retrocedió en la acera para mirar a lo alto.

La única ventana que acababa de entreabrirse, se volvió a cerrar.

La puerta chirrió desagradablemente sobre sus goznes, abriéndose. Entró ella anunciando:

—Soy Lucy Gibson. Buenas tardes. Vengo por...

Se calló. La puerta volvía a cerrarse y en la sala no había nadie.

Tardó un instante en comprender que había sido abierta y cerrada, mediante un anticuado sistema de cuerdas y pesos.

La sala parecía uno de los viejos despachos descritos por Dickens. Era rectangular y al fondo había un mostrador. Tras él, un par de altos taburetes y una alta mesa parecida a las de dibujante. Un armario repleto de libros, varios estantes con carpetas y una máquina de escribir sobre una mesita.

La única luz colgaba sobre la mesa central. Otra, de pantalla, apagada, junto a la máquina.

Avanzó ella hacia el mostrador, empezando a sentirse mortificada. No había nadie. Se apoyaba en el mostrador, cuando oyó un ruido especial.

Un lento repiqueteo bajando las escaleras.

Miró hacia la abertura a un lado de aquel pobre despacho. Se veían unos peldaños estrechos. El ruido se hacía más fuerte, aproximándose.

Primero apareció la contera de un recio bastón, y dos botas, una, la izquierda, junto al bastón, con una suela elevada por un cuadro de acero.

Unos pantalones grises, un chaquetón negro, y acabó de aparecer el individuo cojo.

Lucy Gibson se estremeció.

—Buenas tardes, señorita Gibson —saludó el cojo.

Era alto, encorvado, de cráneo puntiagudo y calvo, orillado por blancos cabellos. Parecía tener rosetones pintados en las flacas mejillas.

Su nariz ganchuda y sus parpadeantes ojillos azules, completando el descamado cuello, daban la impresión de un pajarraco. Un zancudo, pensó Lucy.

Alzando un panel del mostrador, invitó al desconocido:

—Siéntese en la silla de la máquina, señorita Gibson.

Ella obedeció, y el extraño sujeto se colocó al otro lado de la mesita, aclarando:

—Mi última secretaria se casó. Era muy eficiente. Usted es muy joven y probablemente carecerá de práctica comercial.

—Hasta hoy me limité a estudiar, señor.

—Bien, bien... Comprobaremos si su anuncio corresponde a la realidad. Tengo constantes contactos con fruteros canarios, y azucareros antillanos franceses. Veamos... Inserte una cuartilla en la máquina, y vaya escribiendo lo que le dictaré...

Lentamente, en español casi sin acento, fue dictando el cojo:

“Muy señor nuestro: Hemos recibido con sumo agrado su atenta

comunicación del 8 del corriente, con referencia a nuestra petición de fecha de remesa de tomates sin marca, clase especial...”

—Bien, basta, señorita Gibson. Deme lo que ha escrito.

Tendió ella la cuartilla, que él leyó para manifestar: —Ciertamente, domina el español. Veamos ahora. Dictó en excelente francés. Hizo también el mismo comentario, añadiendo:

—Coja aquella libreta y el lápiz. Comprobaremos su taquigrafía.

A los diez minutos y cuando ella hubo pasado a máquina el rápido dictado, el larguirucho calvo, sin sentarse, expuso:

—Yo soy Craig y Compañía. Me complace apreciar que no mintió el anuncio.

—Le advierto respetuosamente, señor Craig, que no tengo por costumbre mentir. Mi nombre paterno es silverton y el materno, Gibson.

—Bien, bien... Recibo numerosa correspondencia de firmas canarias, antillanas y mexicanas. Visitas, escasas. Algunas de las visitas efectúan aquí pagos al contado, en efectivo, y yo me ausento con frecuencia. ¿Qué referencias puede darme?

—No he trabajado hasta hoy, señor Craig.

—Bastará que alguien solvente responda por usted.

—Me temo... No he frecuentado a nadie... No sé, tal vez sería preferible que me fuese, señor Craig.

—¿Por qué? Aquí estará cómoda, sin compañeros inoportunos, sin más jefe que yo.

—Prefiero hacerle saber que mi padre...

—Perdón, yo la empleo a usted, y sólo quiero referencias de usted. Puedo tenerla a prueba, señorita Gibson, si está de acuerdo conmigo en que diez libras semanales, es un buen sueldo.

—¡Diez libras semanales! —casi chillo Lucy entusiasmada.

—No crea que es un obsequio. Tendrá que abrir a las ocho de la mañana. Los capitanes y pilotos son muy madrugadores. Contestará la correspondencia de ocho a una. Almuerzo de una a dos y media. Naturalmente, de once a once y cuarto, y de cinco a cinco y cuarto, su té. En estos dos cuartos de hora, aunque arda la casa o llamen cien capitanes, usted no hará otra cosa que tomar apaciblemente su té —sonrió Craig y Compañía.

Ella pensó que tema los dientes muy blancos, juveniles. No eran postizos.

—Agradeceré que me tome a prueba, señor Craig.

—Bien, bien... Estas son las llaves. Al margen de cada carta, hallará unas anotaciones mías, dando el sentido a la respuesta conveniente. En aquellas carpetas hallará toda la orientación para la buena marcha de los asuntos Craig y Compañía. He tenido el honor de conocerla, señorita Gibson. Hasta mañana. Buenas tardes.

Algo desconcertada, salió ella. ¡Diez libras semanales! Para una novata. Craig era feo y viejo, pero no resultaba tan desagradable como su aspecto hacía suponer.

Lo que ignoraba ella era que acaba de iniciar el sendero por una accidentada aventura en un confuso ambiente de emboscadas a muerte.

Durante dos días no vio a Craig ni hubo visita alguna. Muchas cartas atrasadas por contestar, liquidaciones... pero no había una sola mercancía en el número 10 de West India Road.

El día entero con luz eléctrica. Y la puerta de acceso a la planta alta, siempre cerrada.

Al tercer día, a las ocho y media, llamaron a la puerta, Lucy maniobró el segundo manillar de mecanismo que abría...

Pestañeo al examinar al individuo que se acercaba pisando con aplomo y con cierto contoneo extraño. Llevaba un saco marinero al hombro.

Alto, moreno, de rostro insolente, de su oreja izquierda colgaba un arete de oro. Calzaba botas altas, pantalón azul y un prieto jersey gris modelaba su atlético torso.

Mechones negros desbordaban la gorra marinera sin graduación.

Descargó el saco con leve empujón, y echándose atrás la gorra, se rascó la frente.

—¡Diablos con el viejo Chester! Tiene paladar el viejo pícaro. La otra papelona era un viejo loro.

Lucy, irguió el mentón revolucionada ante el léxico vulgar del arrogante desconocido, que hablaba inglés con fuerte acento galo.

Replicó en francés:

—¿Qué desea usted?

—¡*Sapristi!* Pero, ¡usted es un primor! Bonita y políglota. Vaya con el viejo Chester... Señorita, tiene usted el considerable placer de trabar conocimiento con Lionel Lambert, martiniqués y primer piloto del *Gavroche*. Soltero, sin compromiso serio, y al servicio de las damas menores de cuarenta.

—Sus detalles particulares no me interesan. ¿Qué desea?

—Si se lo digo con toda sinceridad, me pega... Bueno, no se enfade con el piloto Lambert. Ya le dirá el viejo Chester que no soy ningún gamberro. Tal vez algo charlatán, pero sin mala intención.

—Tengo mucho trabajo, piloto. ¿Qué desea de Craig y Compañía?

—Ver al viejo Chester.

—Desconozco a quién se refiere.

—No bromea con el piloto Lambert. Hablo del pícaro Craig. Chester Craig.

—El señor Craig está ausente. Deje escrito o dicten lo que quiera comunicar al señor Craig, y...

—¡No sea tan ceremoniosa con el piloto Lamber —exclamó el

martiniqués cuando, y juntando el índice al medio, añadió—: El viejo Craig y yo somos así, carne y uña. Ande, eche un vistazo a aquella carpeta donde dice: “Llamadas Urgentes”, y compruebe que allí esté inscrito como visitante urgente.

Obedeció ella, molesta porque sabía que todos si movimientos eran espiados con descaro por el marinero

Abrió la carpeta, y la única cartulina que contenía decía:

“Llame urgente al 996.623, CHELSEA, quien solicita verme se llama Lionel Lambert es piloto del Gavroche.”

Pasó al teléfono marcando el número del bohemio y elegante barrio de Chelsea. Una voz femenina inquirió quién llamaba.

—Lucy Gibson, secretaria de Craig y Compañía.

—Un momento, no se retire, por favor.

En el mostrador, Lionel Lambert encendía una corta pipa de brezo, cuya cazoleta representaba una cabeza de tigre de ojillos rojos.

Lambert, risueño, miraba a la que deseaba impacientemente verse libre del insolente examen visual del primer cliente de Craig y Compañía.

Oyó la agradable voz de Craig:

—Diga, Lucy.

—El piloto Lionel Lambert, señor, está aquí.

—¿Cómo lo sabe?

—Pues, porque...

—Pregúntele al visitante en qué clase de pipa le gusta más fumar.

—Muy corta, que representa una cabeza de tigre con dos granates por ojos, señor Craig.

—Voy al instante, Lucy. Entréguele a Lambert la partida de pedidos azucareros de las firmas antillanas. Hasta ahora mismo.

Fue ella al estante para coger la carpeta correspondiente, tendiéndola a Lambert, y volvió a su mesita.

El piloto pareció olvidarse completamente de ella, que mirándole de soslayo varias veces, le vio muy absorto hojeando cartas, albaranes y facturas.

Pasó un cuarto de hora, y Lambert cerró la carpeta. Ella, afanosamente, repiqueteó en la máquina. Abrióse la puerta, y el peculiar toque de la contera de bastón anunció a Chester Craig.

—Buenos días, Lucy, Lambert. Si viene alguien, no estoy —dijo Craig abriendo la puerta de la escalera por la que subió seguido de Lambert.

Arriba, otra sala idéntica en extensión a la planta baja, pero con sillones confortables, una radio especial, mueble licorera y una mesa lujosa acogió a los dos hombres.

Sirviéndose coñac, comentó Lambert:

—¿De entera confianza la nueva, Chester?

—Es una inocente criatura que nunca salió de su nido y éste es su primer trabajo.

—Peor que peor, Chester. No me gusta que hayas elegido una chica así, porque bien te consta que corre peligro de muerte.

CAPÍTULO IV

Chester Craig tardó unos segundos en contestar:

—No exageres. Ella no corre peligro alguno. Al verla, cualquiera se da cuenta de que no sabe nada más que lo que lee. ¿Qué novedades, Lionel?

—Tengo la impresión que sospechan de ti. Estuve en el Parrots anoche, y Harold Folker estaba hablando con un tipo en cuyos labios por dos veces leí un nombre. El tuyo, Craig. Procura estar alerta.

—Hace años que vivo muy alerta, Lambert. ¿Cuándo zarpas?

—Esta vez me quedo en tierra dos semanas, porque el barco va a ser carenado y repuesto de piezas. Oye, Chester, repito que no me gusta que esta muchacha, ignorante de lo que aquí se trajina...

—No seas sentimental, Lambert. Comprenderás que ni el peor desconfiado de la banda de Folker, sospecharía de Lucy Silverton. ¿Por qué me hiciste venir?

—Porque tengo la convicción de que Folker no tardará en intentar averiguar los manejos que te traes.

—Estoy prevenido. ¿Dónde te alojas?

—En el Lyon Inn. Llámame allí si pasa algo grave.

Dejaré ahora ahajo algunas muestras de madera costarricense, para cubrir las apariencias.

—Hasta otra, Lambert.

—Suerte. Y ojalá no tengas necesidad de llamarme.

Lambert volvió a contemplar con su descarada ojeada la secretaria de Craig y Compañía, mientras desde el lado interior del mostrador, casi volcado sobre él, recogía su saco, del que extrajo cuatro cajitas.

—¿Entiende de maderas preciosas, Lucy?

Ella prefirió guardar silencio, mientras el piloto colocaba las cajitas en su mesa.

—Están talladas en cuatro especies de madera, y el señor Craig me ha dicho que consulte usted la lista de calidades y precios.

Ella consultó la carpeta y durante unos minutos, intercambiaron expresiones puramente comerciales. Al anotar los precios, comentó ella:

—Supongo que a la casa Craig podrá interesarle su oferta, señor Lambert.

—Si recibe pedidos de las casas londinenses, hágamelo saber al Lyon Inn, que es donde me hospedo por dos semanas. O mejor será que me dé una vuelta de vez en cuando por aquí, digamos... a las siete de la tarde en

punto.

—Ya le comunicaré las novedades a su hospedaje. No es preciso que se moleste en venir.

—No es molestia, sino un deleite, Lucy.

—Le hago constar que detesto las confianzas. Soy la secretaria de Craig y Compañía, de acuerdo.

—Hasta las siete, entonces.

—Es mi hora de salida.

—Mejor que mejor. A veces, hay sujetos impertinentes y yo puedo defenderla.

—No me hace falta. Y por ahora, lamento decirle que el único sujeto impertinente que conozco, es usted.

—Entonces, razón de más para que a las siete venga a protegerla contra el piloto Lambert. Hasta luego, Lucy...

Lucy se quedó meditando que era muy raro sentirse a la vez molesta y curiosa, deseando no ver a aquel marinero moreno del arete de oro, y también esperando con ansia las siete de la tarde.

A las doce, bajó Chester Craig. Examinó la lista de anotaciones que Lucy había hecho referente a las maderas ofrecidas por Lambert.

—Muy bien, Lucy. Apruebo los pedidos que ha subrayado con lápiz rojo. Y una advertencia: pese a sus modales, Lambert es hombre leal. Es un francés criollo, y esto le excusa lo que en un inglés sería imperdonable.

—Me dijo...que vendría a las siete.

—Puede ir con él, Lucy. A Lambert le confiaría yo mi hija, porque es descarado de ojos y palabras, pero incapaz de la menor mala acción. ¿Le gusta este trabajo, Lucy?

—Sí, señor Craig.

—Lo celebro. Buenos días, Lucy.

A media tarde, Lucy respondió a la llamada del aldabonazo. Al abrirse la puerta, y no ser Lambert el visitante, se llevó la primera sorpresa.

La segunda fue al reconocer al que se aproximaba al mostrador:

—¡Señor Folker!

Harold Folker sonrió amablemente. Tenía buen aspecto, y excelentes modales, cuando quería.

—Este mediodía, por casualidad la vi salir de aquí, y un amigo mío me ha dicho que era usted la nueva secretaria de la casa.

—¿Tanto le interesan mis pasos?

—Fui un buen amigo de su padre, Lucy.

—¿Ya no lo es...?

—Bien, quise decir que ahora, como está embarcado, es natural que yo me interese por la familia.

—Puse un anuncio, y obtuve este trabajo, del que estoy muy contenta.

—Ya... Es posible que entable asuntos comerciales con Craig. ¿Está?

—No. Viene poco. Me deja casi todo a mí iniciativa.

—Justa confianza en sus dotes, Lucy. A propósito, como amigo de la familia, ¿tiene inconveniente que venga a buscarla a la salida?

—Gracias, pero no puedo aceptar.

—La señora Silverton no criticaría nuestra amistad, Lucy.

—Mi madre me deja libre de escoger mis amistades.

—Una chica como usted, sola, anochecido por los docks...

—Sé protegerme —sonrió ella.

Resultaba curioso el afán protector que estaba desatándose en torno a ella desde por la mañana.

—Pero ir a oír buena música, o una obra teatral, conmigo, no es cosa que la comprometa en nada:

—Cuando salgo estoy cansada, pero tendré en cuenta su oferta. La anotaré en la lista de pedidos.

—Es natural que tenga una larga lista de pedidos. Bien, adiós, Lucy, pero insistiré.

A las seis y media, Lucy se sorprendió mirándose al espejo, para reavivar un poco su maquillaje.

A las seis y cuarenta, repiqueteó el teléfono. Una voz femenina, alterada, nerviosa, indagó:

—¿Lucy Gibson?

—Yo misma.

—Soy Margaret Craig. Venga inmediatamente al 14 de Cheyne Walk, pronto. Mi hermano la reclama urgente. Coja un taxi. Pronto, la espero.

Colgaron. Lucy revistiendo su abrigo cogió el paraguas y abandonó el despacho. Cerraba por fuera, cuando a su lado dijo Lambert:

—Trampa. Faltan siete minutos y algunos segundos para el cierre...

—La hermana del señor Craig...me llaman urgente a Cheyne Walk. Tengo que coger un taxi. Adiós.

Echó a correr, deseosa de ser seguida. Pero fue sola como tuvo que esperar el paso de un taxi. Dio la dirección de Chelsea, intrigada.

¿Por qué la desconocida hermana de Craig la llamaba en forma tan extraña?

Empezaba a ver muchos misterios en la casa Craig & Co. El dueño que apenas aparecía, el martiniqué del arete de oro, y ahora la nerviosa voz femenina.

Entraba ya al oeste de Londres, en el barrio equivalente al Montpamasse parisino. Pintores, literatos, solteros ricos, tenían sus residencias por Chelsea.

Y Cheyne Walk era una calle artística, con edificios del siglo diecisiete, con preciosas casas de una sola planta, de ladrillo rojo, con rejas de hierro forjado, como lo era la del número 14, ante la que paró el taxi.

Una mujer alta, de severo aspecto, vestida de gris, abrió la verja,

mientras Lucy estaba pagando el taxi.

—Soy la hermana del señor Craig. Haga el favor de seguirme, señorita.

Subidos los cinco peldaños y bajo el porche, al empujar la puerta de pesada madera que daba acceso a un suntuoso vestíbulo, Margaret Craig, sin volverse, añadió:

—Procure dominar sus nervios, señorita Gibson. Mi hermano está malherido, gravemente malherido.

CAPÍTULO V

Completamente atónita, Lucy siguió tras los decididos pasos de la que, abriendo una puerta lateral, anunció:

—Tu secretaria, Chester.

Entró Lucy en una pequeña sala poco iluminada. Parecía un despacho-biblioteca. Sólo una pantalla iluminaba una mesa. Tras ella, Chester Craig, hundido en un sillón, blanco el rostro, y bebía lentamente un líquido ambarino en una copa de cristal tallado.

A espaldas de Lucy dijo Margaret Craig:

—Siéntese. Mi hermano insistió en que viniera usted. Quise llamar a un médico, pero me lo ha prohibido. Chester, por lo que más quieras, debes darte cuenta que estás malherido.

A medias visible, desde detrás de la mesa, Craig habló con voz clara:

—Me doy perfecta cuenta, Margaret, y sé que me quedan aún unas cuantas horas... Siéntate, Margaret. Has de oír lo que he de exponer a Lucy.

Lucy, juntas las manos, trataba de reprimir el temblor de sus labios.

—Por razones que algún día sabrá, Lucy, deseo que mi muerte aparezca... como un suicidio. El cuchillo que me ha herido, trató de hincarse en mi corazón. Una medalla lo desvió escasos milímetros, los suficientes para no producirme una muerte inmediata. Pero mi agresor huyó creyéndome muerto. Me hirió al atravesar yo la verja de esta casa. No sé quién es, y también ignoro sus motivos. Quiero evitar investigaciones molestas.

—No debes hablar así, Chester. Tu rudeza, tu insensibilidad, me afectan profundamente.

—Déjame terminar mi existencia según he acostumbrado vivir, Margaret. Eres mi hermana menor, y has de obedecerme. Domínate, y da el ejemplo de serenidad. Mi herida no tiene espera ni cura... Sobre esta mesa quedará un cortapapeles... Nunca he sido un hombre saludable, y se atribuirá mi suicidio a una neurosis. Así lo quiero y ordeno, Margaret.

—Pero... eso es engañar a la policía, Chester.

—Trato de evitar un mal peor, Margaret. No vuelvas a interrumpirme. Estoy vendado, y contenida mi hemorragia, me queda el tiempo suficiente para irme de este mundo con la conciencia tranquila dejando las cosas bien ordenadas. Dame un poco más de oporto, Margaret. Lamento mucho este espectáculo, Lucy.

—Señor Craig, ¡déjeme llamar a un médico, se lo suplico!

—Nada puede hacer ningún médico. Bien, no puedo extenderme sobre antecedentes. Mi negocio es bueno, Lucy, si está bien llevado. Usted sabrá. En mi testamento declaro heredera a mí hermana Margaret, la cual obrará con acierto, asociándola a mí negocio, Lucy...

Se crispó la diestra de Craig, mientras su zurda se enganchaba bajo la chaqueta sobre el corazón. Inclino la calva cabeza. Imploró Margaret:

—¡Chester, déjame que...! —y el sollozo truncó su voz.

—Un pellizco pasajero en el corazón, Margaret. Mi accidente nada tiene que ver con la casa Craig y Compañía. Usted, Lucy, ha de confiar plenamente en Lionel Lambert, y tú, Margaret, confiarás plenamente en Lucy. Prométemelo.

—Te lo prometo pero no debes hablar... Lucy, vaya a llamar...

—¡Quietas las dos! Mi muerte ha de ser un suicidio, o de lo contrario, todo se hundiría. Margaret, acércate más...

Ella se inclinó al lado del sillón. Lucy sentía un angustioso mareo. Todo le parecía irreal, fantástico...

Aquel hombre moribundo, la escasa luz, la mujer de gris, alta y severa, las respiraciones entrecortadas de ambos hermanos.

Ella tratando de dominar sus impulsos y él, procurando evitar lo melodramático, según el antiguo código del *gentleman* británico...

Impresiones casi alucinantes para Lucy.

—Tú confiarás en Lucy, que llevará nuestro negocio, Margaret, y quisiera que fuese buena amiga de ella, Margaret. Las dos debéis tener el total convencimiento de que os exijo silencio, porque definiendo una buena causa, de la que me siento orgulloso, y su... triunfo final, exige me juréis obedecerme. ¿Lo juras, Margaret?

—Lo juro, Chester.

—Y yo también, señor Craig... Pero, por favor, sea menos cruel consigo mismo, y...

Denegó con la mano Craig. ,

—Tú, Margaret, estabas en tu salita cuando oíste abrir la puerta, a la hora exacta en que me recogiste en el jardín delantero. Extrañada, porque no venía a saludarte como de costumbre, a mi regreso del club, viniste a llamar a la cerrada puerta de este despacho. Al no recibir respuesta, trataste de entrar, y viendo que estaba echada la llave por dentro...yo cerraré después... telefoneaste a Lucy. Y. cuando ella llegó, decidisteis

llamar a la policía. Quisiera que enviasen un inspector caballeroso.

—Yo conozco al inspector Harris, señor Craig.

—Lo llamáis, ahora, al salir. En seguida.

Margaret, inclinada, lloraba besando la frente del moribundo, una de cuyas manos se apoyó en el hombro de su hermana.

—Bendita seas, Margaret, porque renunciaste a casarte para estar siempre a mí lado... Bendita seas siempre... Salid... Tengo que ponerme a bien con el Sumo Hacedor...

Lucy, acongojada, no se dio cuenta que era Margaret la que, enlazando sus hombros, la obligaba a abandonar el despacho, cuya puerta fue a cerrar, Craig, arrastrándose.

Regresó al sillón quitándose el vendaje hecho con su propia bufanda de seda.

Empuñó con la diestra un afilado cortapapeles.

Sus labios fueron musitando una plegaria hasta que la sangre que brotaba de la herida mortal, empapó la carpeta sobre la que reclinaba el busto.

CAPÍTULO VI

Margaret Craig, a medias cubierto el rostro con un pañuelo, consultaba el listín, en cuyas primeras páginas de urgencia, halló el número central de Scotland Yard, para llamadas públicas.

Tendió el teléfono a Lucy, que nerviosa, apreció:

—Habla Lucy Silvertown. Transmitan con urgencia al inspector Ronald Harris que se persone en el número 14 de Cheyne Walk.

Al colgar, más que sentarse se desplomó en un sillón del vestíbulo.

Especificó Margaret:

—Mi deber es cumplir lo que me ha ordenado mi hermano, pero usted, queda libre de comportarse según los dictados de su conciencia, Lucy.

—El señor Craig fue bueno conmigo, y me dio su confianza, señorita Craig. Y el señor Craig no pudo hacer nada que no hiciera un caballero ejemplar.

—Gracias, Lucy. Ambas, entonces, diremos lo que quiere que digamos mi hermano... Permítame que me quede a solas mientras llega el inspector. Recíbalo usted, Lucy... Voy a mí alcoba.

Lucy sentía pena, aunque no la afectaba directamente la muerte de Craig. No supo el tiempo transcurrido, cuando llamaron al timbre.

Acudió ella misma a abrir, ya que por lo visto, no había servicio en la casa.

El inspector Harris se quitó el sombrero impermeable.

Atropelladamente, explicó ella:

—Soy la secretaria del señor Craig, inspector. Su hermana me ha llamado porque teme que algo extraño le haya sucedido al señor Craig, que está encerrado en su despacho, aquí, y no responde a las llamadas.

Acudía Margaret Craig, serena, desaparecido del rostro toda huella de llanto.

—Le ruego, inspector, que fuerce esta puerta. Mi hermano sufre ataques cardíacos. Le he oído entrar hará cosa de media hora, y no contesta a mis llamadas.

Preguntó Harris:

—¿El servicio, señora Craig?

—Sólo viene una asistenta por las mañana, hasta las tres. Después, yo sola atiendo la casa, porque mi hermano cena siempre en su club.

Harris, ante la puerta cerrada, golpeó con el puño:

—¡Señor Craig! ¡Por favor, abra a la ley!

Lo pronunció por tres veces, cumpliendo el reglamento que impedía hacer uso de la llave maestra, sin antes invitar al enclaustrado a abrir.

Después, introdujo la ganzúa legal, y penetró, seguido de los dos mujeres.

El espectáculo era impresionante, porque el cerco de luz resaltaba los fulgores rojos en rededor del busto del cadáver.

Aplicada la mano en la sien de Craig, anunció Harris:

—Siento comunicarle que su hermano ha muerto, señora Craig. Usted, señorita Silverton, salga y notifique el agente de ronda que envíe un aviso para una ambulancia, y el forense. Vaya.

Margaret lloraba silenciosamente. Harris manifestó:

—No tome a mal que la invite a esperarme en la antesala, señora. Debo hacer algunas comprobaciones que le resultarían desagradables.

A solas, Harris realizó las comprobaciones rutinarias hasta la llegada del forense, que tras saludar, examinó a Craig, para ir diagnosticando:

—Herida inciso cortante producida por un objeto penetrante, remontándose la muerte no más allá de una hora ni menos de quince minutos. Está todavía tibio el cuerpo, inspector. Desangrado.

—¿Puede iniciar la encuesta sobre la tesis provisional de suicidio, doctor?

—Es sostenible, aunque no debe descartar la tesis de agresión por persona o personas desconocidas, aserto que dependerá de la autopsia y sus ulteriores indagaciones. Ordenaré que recojan el cadáver, salvo contraorden, inspector.

—Por mí, aquí he terminado.

La ambulancia llevándose al muerto había ya desaparecido, cuando Harris en pie ante las dos mujeres sentadas, expuso:

—Mi deber, señora Craig, no es siempre compatible con la discreción.

Espero sabrán disculparme.

El grado de inspector a los treinta años era un reconocimiento a la diplomacia y al talento de Ronald Harris.

—Le comprendo, inspector. ¿Qué desea saber?

—¿Sospechó alguna vez que su hermano pondría fin a su vida?

—No.

—¿Cree posible alguna agresión?

—Mi hermano no tenía enemigos. Era un hombre de buenas costumbres.

—Mis atribuciones me permiten iniciar la encuesta basándome en un suicidio, con lo cual evitaría una publicidad enojosa. No obstante, hay ciertos puntos extraños aunque posiblemente explicables por razonamientos lógicos. Dice usted que oyó a su hermano abrir la puerta. ¿Por qué sabe que era él?

—Sólo él posee la llave. Eran sus pasos...

—¿Qué tiempo dejó transcurrir entre su llegada y las llamadas a la puerta del despacho?

—No puedo apreciar con exactitud. Unos diez minutos.

—¿Por qué llamó a la señorita Silverton?

—Gibson es mi apellido materno —aclaró Lucy.

—La llamé, porque sabía que gozaba de la entera confianza de mi hermano, y pensé que, a lo mejor, Lucy sabría si mi hermano estaba enfermo, o no quería... No sé...

—Comprendo, comprendo. No la importuno más. Dígame, señorita Silverton: ¿Creía usted posible un suicidio del señor Craig?

—No. Pero parecía enfermo, triste, deprimido.

—Eso es importante. ¿Iban mal sus negocios?

—No, no, todo lo contrario. Llevo muy poco en la empresa, pero el examen de la documentación comercial y contable, me permite afirmar que era próspera la situación de la casa Craig y Compañía.

—Entonces, ¿atribuye usted la fatal decisión del señor Craig, a un momento de represión enfermiza?

—Sí, inspector.

—Gracias. Muy importante su declaración, señorita Silverton. Colocaré un guardia para impedir el acceso a los periodistas. Nada tienen que hacer en este caso. Acepte mis condolencias, señora Craig. Acompañeme, señorita Silverton. Su declaración confirmada en mi despacho, dará por ultimada esta encuesta. Buenas noches, señora Craig.

—¿Sus órdenes, señorita Craig? —preguntó Lucy en tanto recogía su paraguas y abrigo.

—Lo agradeceré que mañana, a las once, venga, aquí, Lucy, porque supongo que Chester... deseaba que continuase la casa Craig. Hasta mañana Lucy.

En la calle, dijo Harris:

—¿Y por qué me llamó a mí, Lucy?

—Mi padre afirma que usted es un caballero.

—Y yo la creía a usted incapaz de mentir.

Lucy enrojando, se detuvo en la acera. Harris añadió:

—La acuso de mentirme, Lucy.

—¡Su acusación es odiosa, inspector!

—Usted afirmó ante la hermana de Craig que éste era muy capaz de suicidarse. ¿Por qué, mientras yo hablaba con ella, usted trataba con la suela de su zapato, de borrar ciertas manchas en la alfombra, delante de la puerta del despacho? Concretamente, manchas de sangre.

—Un gesto maquinal.

—No. Usted cree o sabe que Craig no se ha suicidado.

—Y usted... porque mi padre... usted cree que yo... —se atragantó ella.

—Los delitos de Harper Silverton nada tienen que ver con el bueno concepto que de usted tenía hasta ahora. Ha mentido al afirmar tan rotundamente su creencia en el suicidio. Si así lo creyera, no hubiese tratado de borrar unas manchas de sangre... que estaban fuera del despacho.

—Repito que fue maquinal, y nerviosamente se mueven los pies, ¿no?

—Puede ser que Craig intentase salir y volviera a entrar. Había sangre desde su mesa a la puerta. Puede ser que viniese ya herido de muerte. Lo cierto es que usted no dice la verdad, Lucy. Créame... Es usted transparente.

—¡Y usted un... odioso entrometido! ¿Debo considerarme detenida? —preguntó ella, con arrogante soberbia.

Harris no pudo evitarse sonreír.

—Todavía no, Lucy. Pero sepa que si me oculta algo me sería muy doloroso tener que ordenar su procesamiento por falso testimonio.

—¿Tengo que soportar por más tiempo su desagradable compañía?

—Usted me tiene ojeriza —dijo el inspector, abandonando su habitual comedimiento en el lenguaje—. ¿Puede saberse por qué?

—Porque es usted un impertinente indiscreto que se mete en todo lo ajeno.

—Mi profesión me obliga a ello. Buenas noches —y saludó secamente, alejándose hacia el coche oficial que aguardaba.

En el legendario patio empedrado de Scotland Yard, el inspector Harris saliendo del departamento de autopsias, se encaminó hacia el ala izquierda, para acudir al despacho de su comisario.

Informó de las indagatorias previas:

— ...y según el dictamen, la muerte pudo ser producida por el cortapapeles que empuñaba Chester Craig, al ser hallado. Existe, además, un escrito de puño y letra de Chester Craig, la tinta reciente, y que expresa su

clara intención de poner fin a su vida.

—Lea, por favor, Harris.

—Dice: “No teniendo aliciente esperar una muerte cercana, pido al Hacedor me perdone esta acción. Nadie sea culpado de mi muerte, obra de meditada decisión y que me doy por mi propia mano. Chester Craig”. Ha llevado su meticulosidad al extremo de fechar y colocar la hora. Y el perito calígrafo admite sin duda alguna como legítima la escritura de esta tarjeta.

—Entonces, puede ya cerrar la encuesta.

—Con su permiso, si bien daré por firme la tesis del suicidio, desearía privadamente una autorización para proseguir mis pesquisas.

—Apura usted el caso hasta la hez, Harris. ¿Quiere algo más claro? Dictamen forense, testimonio del propio muerto...

—Hay ciertos puntos aún dudosos para mí.

—Bien, autorizado. ¿Y qué hay del caso Silverton? Entonces, actuó usted a la inversa. Me pidió autorización para dar por legítima la muerte accidental, manteniéndola en secreto, de un desconocido, que apareció en el río, ahogado y degollado, llevando el chaquetón de Harper... pero que no era Harper.

—Harper pudo desear que le diéramos por muerto supuso que alguna hélice destrozando la cara del muerto, le serviría. Y tengo mis razones para suponer que Silverton salió de Dartmoor con una consigna importante.

—¿Cuál?

—Eso pretendo averiguar. Yo encontraré a Silverton y el mejor modo ha sido dando por bueno lo que él quiso hacerme creer, y que consta en los registros de ahogados. Silverton supondrá que no lo he comunicado a su familia, para evitarles el dolor... Y me parece que hay cierta relación entre la falsa muerte de Silverton y la tesis de suicidio de Chester Craig, cuya secretaria es Lucy Silverton.

—¿Sospecha de la hija de Harper?

—No. Pero ella sabe algo que me oculta, y quien averiguarlo.

—¿Tiene alguna pista sobre Harper?

—Supe que en Dartmoor se especializó en disfraces teatrales. Y he sabido también que él dictó el anuncio del *Times* que le valió a Lucy el empleo en la casa Craig donde entró con el apellido materno.

—De momento, usted conduce “encapuchado”, Harris.

—Si se refiere a que carezco de señales claras de tráfico y voy casi a ciegas por corazonada, así es, en efecto, señor.

—Bien, no dudo que al final lo pondrá todo en claro.

—Esta es mi esperanza, señor. Buenas noches.

A las once de la noche, alguien deslizaba bajo la puerta del piso de los Silverton, un papel recio, cuadrado.

Para más seguridad empujó con la afilada hoja de un cuchillo.

A las siete de la mañana, preparando el desayuno, la señora Silverton

respingó asombrada.

Dejando sobre la mesa los huevos fritos con el tocino ahumado, miraba la cartulina.

Fue a recogerla del suelo.

Leyó con creciente estupor:

“Lucy: No tengas el menor temor. Obedece en todo las órdenes de Chester Craig. Serás amable con Harold Folker, del que procurarás honestamente ganarte la confianza.

“Rechaza por muy peligrosa la compañía de Lionel Lambert.

“Sigue siempre, cada vez que los recibas, los consejos que te dan.

“Los Fantasma Sinceros.”

CAPÍTULO VII

—¿Quién puede ser la persona que envía eso tan melodramático?

—Algún amigo del señor Craig, alguien que no puede presentarse personalmente.

—Craig me decía que tuviera plena confianza en el piloto Lambert.

—No dicen que no es de confianza, hija, sino que su compañía puede ser muy peligrosa.

—Sé defenderme, madre.

—Se referirán, sin duda, a que hay alguien que trata de causar daño a Lambert, y por lo tanto, quien ande con él, corre riesgo.

—No sé qué hacer.

—Lo prudente y lógico sería hablar con el inspector Harris, pero ya que prometiste guardar silencio al señor Craig, debes hacer honor a tu palabra. Pero me alegrará mucho que encuentres otro trabajo lo antes posible, porque todo esto no me gusta nada, pero que nada, hija.

En el autobús, mientras se dirigía a la oficina, iba meditando Lucy sobre las extrañas circunstancias de la muerte de Craig y el mensaje recibido de mano desconocida.

¿Por qué le aconsejaban “ganarse la confianza” de Harold Folker?

Progresivamente adquirió una certeza. Sin poderlo razonar, estaba dispuesta a seguir al pie de la letra los consejos firmados tan téticamente.

Porque tenía una convicción: eran consejos dictados por una mano amistosa.

Al disponerse a clasificar las carpetas que le permitieran hacer un inventario para la hermana de Craig, abrió la carpeta personal donde guardaba la correspondencia por contestar.

Respingó al ver una cartulina idénticamente firmada:

“Los Fantasmas Sinceros.”

Leyó ávidamente:

“Es imprescindible que permanezcas aquí en esta empresa, efectuando el viaje necesario que requieran los negocios.

“No debes temer nada, porque cuidamos de ti.

“Mucha atención al inspector Harris, porque es endiabladamente listo y de momento podría ser inoportuno.

“No hables de estos mensajes con Margaret Craig.”

¿Margaret Craig, también...? La confusión aumentaba.

Hizo con esta cartulina lo mismo que con la primera.

Encerrarla en un sobre lacrado, que colocó en un resquicio abierto en la madera, tras un armario.

Y súbitamente, se envaró, mirando en rededor con aprensión.

Era indudable que había una presencia humana en la casa.

Miró hacia la cerrada puerta, que permanecía igual.

Sin embargo, los pasos cautelosos eran claros, y aumentaban en sonoridad.

A punto de chillar, incapaz de correr, sintió que un frío sudor inundaba su frente desde la raíz de los cabellos.

La puerta comunicante con el primer piso, se abrió.

Lo primero que vio Lucy fueron una botas altas, después el pantalón azul, por fin el prieto jersey gris, y el rostro insolente de Lionel Lambert que, sonriente, se acercó.

Fue ella recuperando su respiración normal.

—Buenos días, Lucy. Sin querer, debo haberla asustado, a juzgar por su palidez. Mil perdones.

—¿Que... qué está haciendo aquí... dentro?

—Poseo una llave. Es hora de hablar claro, porque a las once acudirá usted a casa de los Craig, y antes de que siga metiéndose en más berenjenales, será conveniente alertarla.

—Ignoro a qué se refiere. De momento, estimo conveniente me dé explicaciones acerca de este allanamiento de morada.

—¡*Sapristi!* No sea tan británicamente legalista, ya que se ventilan futuros o cercanos peligros que no tiene usted por qué afrontar.

El tono del piloto ya no era zumbón, sino casi seco y autoritario. Prosiguió:

—El asesino de Chester Craig...

Atajó Lucy:

—Si ha leído la Prensa, sabrá que fue un suicidio, y así lo reconoce Scotland Yard.

—Fue un asesinato, que Craig quiso que fuera presentado como un suicidio, porque llamar la atención de la policía sobre sus asuntos, era perjudicial para cierto trabajo que llevábamos él y yo.

—No puedo creer que Craig aceptase...

—¡Hablo yo, por favor! Yo quise que Craig le advirtiese del peligro de ser su secretaria, pero él estimó que, ignorándolo, usted no correría riesgo. En este punto discrepo. Creo preferible que sepa le va usted a hacer compañía a Craig, si persiste en quedarse aquí.

—La señorita Craig, heredera, me ha pedido continúe al frente de esta

oficina, y así estoy dispuesta a hacerlo.

—Entonces, hablaré más claro. De ultramar llegan barcos que efectuaran contrabando de armas. Barcos que son suministrados en puntos de la costa inglesa, difíciles de controlar. Las armas son excedentes de arsenales ingleses que debían convertirse en chatarra.

Lambert hablaba con matemática precisión convincente.

—Craig y yo nos propusimos averiguar, primero, a quién proporcionan el armamento; segundo, cómo lo transportan y a qué punto de la costa, y tercero, dónde es desembarcado. Este tercer punto ya lo aclararé. Las armas son adquiridas por cierta asociación sudamericana, que las revende a un país asiático.

—Pero, yo...

—¡Por favor, que no terminé del todo! Quedan dos puntos por aclarar, y en ello estaba trabajando Craig estos dos últimos años. Ha muerto, porque debió hacerse sospechoso, y su asesinato fue planeado en los docks, que son un buen refugio para toda clase de negociantes sucios. ¿Va comprendiendo ahora el lío en que puede meterse?

—Le agradezco sus confidencias, pero siendo como yo simplemente la secretaria de los asuntos puramente comerciales de esta oficina de importación y exportación, no veo...

—¡*Sapristi*, atienda! Esta diferenciación no la tendrán en cuenta los que ya han suprimido a Craig. Ellos trabajan en un asunto que les proporciona muy buenos beneficios, y si piensan que usted sabe algo que pueda comprometerles, la suprimirán. ¿O es que no he sido suficientemente explícito?

—Le entiendo muy bien. Y no desconfío porque Craig me afirmó que podía tener plena confianza en usted. Pero también le prometí a él, continuar aquí, señor Lambert.

—Escuche, niña...

—¡No soy ninguna niña!

—Tampoco soy yo ningún señor, y voy a hablarte con menos ceremonia, porque no está la cosa para florituras, Lucy. Ni somos ancianos respetables para tanto “usted”... En el caso presente no te cabe el recurso de acudir a la policía, puesto que yo soy policía.

—Vamos, vamos —protestó Lucy infantilmente indignada—. Si tú eres policía, yo soy duquesa.

Rió complacido Lambert. Una risa que resultaba contagiosa porque rebosaba buen humor.

—Tú algún día podrás ser duquesa, pero yo ya soy policía. Especial, claro. Del Servicio de Seguridad Internacional, más conocido por S.I.S. La policía corriente, incluyendo Scotland Yard, me ha detenido alguna que otra vez por escándalo público, reyertas y otras menudencias, y me he pegado mis siete días de celda como cualquier otro ciudadano. Si tú misma

fueras a decirles a los de Scotland Yard que soy policía, se reirían, porque me tienen fichado como poco recomendable.

—Saben lo que se hacen ellos, cuando fichan. Tu aspecto...

—Fachada, pura fachada. La mía. Es necesario que así sea, para que yo pueda deambular por los peores sitios de los docks, sin suscitar recelos. ¿Crees que no me fastidia esta argolla que llevo en la oreja? Bueno, ¿ya vas comprendiendo?

—Todo está claro, pero en nada cambia mi decisión.

—¡Diablos con la terca inglesita! Escucha, no quiero exagerar las cosas, pero esta oficina huele ya a tumba. Eres, joven, bonita, preciosa, y sin experiencia. Para mí sería un cargo de conciencia verte desafiar tan imprudentemente el siniestro mar encrespado donde además de Craig, ya han naufragado otros dos policías del S.I.S.

—Tú sigues muy vivo.

—Porque esta oficina para mí no es peligrosa, ni lo son los docks, ya que se me considera un vulgar piloto camorrista. Tu caso es distinto, porque aparte de ser mujer, llevas los asuntos de Craig. Pueden los otros suponer que en toda esta documentación, hay algo que permita desenmascararlos.

—Correré el riesgo. Y si con ello consigo que sean capturados los culpables del asesinato de Craig...

—Conforme. Yo he hecho cuanto juzgué necesario y conveniente para advertirte del peligro.

—Y fe lo agradezco.

—Vendré a buscarte a las siete.

—¿Por qué y para qué?

—Por partes, chica. Ahora no me veas solamente como un impertinente mujeriego. Esta opinión de los demás nos servirá, porque puesto que persistes en embarcarte en la aventura, viéndonos por las noches al terminar tu trabajo, yo podré avisarte si olfateo peligros, y tú podrás informarme de lo mismo. ¿De acuerdo?

Titubeó ella un instante, y al fin se decidió:

—De acuerdo. Pero, quede claro que es un convenio puramente comercial.

—No seas puritana, Lucy. Aunque andemos entre tinieblas o precisamente por esta misma razón, divertirse inocentemente, no es dañino, sino saludable. Hasta luego, chica.

—Un momento chico —dijo ella con autoridad—. ¿Qué buscabas arriba?

—Algo que hubiera podido dejar Craig. Pero no había nada aclaratorio, y sin embargo tengo la convicción de que en uno de sus viajes por la costa, había encontrado el puerto escondido donde es embarcado el contrabando de armas.

—Tal vez Margaret Craig sepa algo sobre esto.

—Veré a ver. Hasta las siente, Lucy.

Al irse el piloto, sentíase Lucy muy animada. Tenía ahora una doble protección. La de los firmantes de aquellas cartulinas, y la de Lionel Lambert, agente muy especial del secretísimo S.I.S.

Comprendía por qué le aconsejaban rehuyese la compañía de Lambert. No porque no fuera de confianza, sino porque siendo del S.I.S., podía ser descubierto con lo cual corría peligro quien estuviera con él.

Iba cautivándola todo aquel misterio, y más ahora que ya sabía con certeza que Craig y Lambert no eran “anti-ley”.

A las once fue a Chelsea a entrevistarse con Margaret Craig. A plena luz del día, y pudiendo apreciar las cosas sin estar bajo una emoción que la impedía prestar atención a otros detalles que no fueran la misteriosa muerte de Craig, Lucy se dio cuenta que Margaret era muy distinta a como la vio la noche anterior.

Era bonita, severamente bonita, con una arrogancia personal que no resultaba ofensiva.

Y Lucy casi no se asombró cuando en el salón encontró al piloto Lionel Lambert.

Le parecía ya natural que el martiniqués se encontrase por todas partes, estando de por medio el misterio rodeando a Craig.

Margaret manifestó su voluntad de instruirse directamente en los negocios de su hermano, para lo que, al día siguiente, iría a la oficina, como auxiliar aprendiz, hasta documentarse.

Formalizó un contrato, mediante el cual, aparte del mismo sueldo decretado por Craig, Lucy percibiría el diez por ciento de los beneficios.

Todo ello lo presencié Lambert como si gozase de la gran confianza y plena amistad de Margaret, y sin embargo, instintivamente, Lucy tenía la impresión de que hasta aquella misma mañana ambos no se conocían.

¿Había Lambert revelado la verdad a Margaret...? ¿O bien...eran cómplices?

Esta última idea la sobresaltó, horripilándola, pero en las tenebrosas luchas del contrabando en gran escala, todo era posible.

Después de almorzar, volvió a la oficina, y al bajar del autobús no se imaginaba que daba el primer paso hacia la más emocionante de las aventuras.

Cuando llamaron y ella accionó el tirador, estaba convencida de ver entrar al piloto Lambert o al engreído Folker.

Pero el individuo que entró era un excelente ejemplar de *cockney*. El típico londinense de los barrios bajos.

De mediana estatura, joven, y vestía con pretensiones de elegancia deportiva, una chaqueta a cuadros con coderas de ante, un pantalón tejano ámbar, botas de ante, un jersey cuello cisne rabiosamente verde, y una

gorra gris con pompón escocés, muy ladeada.

Llamaba la atención también su cabello rubio muy largo, ya que era veteado de hebras rojizas, así como el mostacho de guías caídas, y las peludas cejas muy juntas sobre el caballete de la nariz.

Llevaba gafas de cristal azul, cuadradas, con montura de concha. Su acento era eminentemente portuario, al preguntar:

—¿Estoy cierto de saludar a la señorita llamada Lucy?

—Yo soy. ¿Qué desea?

—Saber primero si estamos lo que se dice a solas.

Asintió ella, y prosiguió el pintoresco sujeto:

—Es cosa de muy vital importancia. Va usted a emprender un viaje que tiene castaña, y yo seré el que la acompañará para evitar “disgustantes” incidentes. Hágame la merced.

Tendió una cartulina y ella leyó:

“Chester nunca fue amante de la literatura personal.

“La clave del misterio de su muerte está en el reportaje que ha escrito sobre su viaje al condado de Devon.

“Irás al condado de Devon después de leer atentamente el reportaje escrito por Chester.

“Lo guarda en su cofre del piso alto. En Devon lo averiguarás todo.

“Viaja sin temor, que vas bien acompañada, por el portador,

“Los Fantasmas Sinceros.”

CAPÍTULO VIII

Lucy, preguntó anhelante:

—¿Es usted uno de los... que firman?

—No. Y por el momento agradecería no me preguntase más, señorita. Debe leer el reportaje sobre Devon, y tenemos que ponernos en marcha al instante. Escriba una nota para su mamá y para la Craig. Nos vamos ahora mismo. Lea por el camino, en el tren... Y ha de tener una total confianza en mí.

—Ni siquiera sé su nombre.

El extraño individuo se quitó la gorra elevándola un poco sobre su profusa pelambrera mientras anunciaba:

—Tengo el honor de hacerle saber que me llamo Bertram, y me apellidaron Hilton. Nacido en el Soho, de estado soltero, edad treinta y dos, profesión, varias.

—Antes de... Usted sabe ya quién es Lambert, ¿no?

—Sí.

—¿Por qué, entonces, no hablamos con él?

—Es asunto aparte, por completo. Son investigaciones distintas.

—Tengo que subir arriba para coger el reportaje.

—Vamos. Tengo ganzúa, y buenos dedos.

Poco después, en el piso alto, Bertram Hilton abría la caja empotrada tras un cuadro. Demostraba una gran habilidad en saber encontrar un cofre oculto, y más aún en abrirlo.

En la caja no había más, que cinco cuartillas cosidas y escritas a mano, de puño y letra de Chester Craig.

La primera decía:

“Leánse con atención mis impresiones del Devon. Son altamente instructivas.”

—Lambert dice que seguramente Craig murió por haber hallado o por haber estado a punto de hallar el lugar del contrabando.

—Y aquí estará escrito. Usted es de letras y “cultivo”. Yo soy medio analfabeto, pero recuerde que soy su “ángel”.

Sonrió ella nerviosamente. “Angel” significaba, en los barrios bajos, protector.

—Pero, ¿dónde vamos, a fin de cuentas, señor Hilton?

—Ha de llamarme Bertram a secas, y figuraremos ser hermanos. Vamos a ir rectamente al nudo, al hueso, al meollo, a la pepita del Devon. Me refiero, pues, a Exeter. ¿Conoce el Devon?

—No.

—Yo sí, casi como mi bolsillo. Pasé unas vacaciones enteras. Pero yo no sabría leer bien el reportaje ése, Sale un tren a las cuatro y cinco, hermanita. Vamos.

—Es que yo...así tan pronto,irme con quien apenas sé...

Alzó Hilton una mano ancha, musculosa. Con cara de ultrajado, y con tono ofendido rebatió:

—Es “jeringante” que lo misterioso lo sea, y por lo tanto no permita la lógica rutinaria. ¿Tiene o no tiene confianza en los que me mandan? Si la tiene, nos vamos: si no la tiene, me voy.

—Vamos —concedió ella, resignadamente—. Sea lo que sea, hay que salir de dudas, y que sea vengado el buen señor Craig.

—Muy bien dicho. Adelante pues, y no tenga temor. Yo sé pisar por donde toca, sé olfatear lo que debe ser olido y sé navegar cualquier clase de corriente.

Harper Silverton se mesaba de vez en cuando los blancos cabellos, porque estaba componiendo dificultosamente un mensaje sobre una cartulina. Empleaba letrilla redonda de caligrafía elemental, y cada palabra le exigía mucha concentración.

“Debes hacerte la niña ignorante con Harold Folker, y lograr que te coja afecto.

“Lambert corre peligro de muerte inminente. Dile que se cuide mucho.

“Pronto sabrás la verdad en Devon y seguramente verás a Folker y a Lambert.

“Mucho cuidado, pero vas bien acompañada,

“Los Fantasmas Sinceros.”

Escondió precipitadamente el bolígrafo y cartulina en una alacena, y fue a abrir la puerta del cuartucho en que se hallaba. Se alojaba en el piso alto del Parrots.

El que entró era Harold Folker, el dueño del Parrots.

—Mal asunto, Harper. Ni estaba ya el reportaje escrito por Craig sobre el Devon, ni tampoco estaba tu hija. Es seguro que el polizonte Lambert la llevó consigo al Devon.

—¿Para qué iba a llevarse a Lucy, la pobrecilla ignorante?

—Para disimular, como si fueran de vacaciones.

—Es posible, vete a saber, es posible.

—¿Sabes quién está abajo?

—Ni idea.

—Lipps. Le dieron la condicional.

—Tráeme acá a ese granuja. Tráemelo.

—Ahora subirá. Tú y él iréis al Devon.

—Bueno, pero ahora déjame que le espete cuatro cosas a ese zorro.

Poco después de irse Folker, entraba Lipps, ex compañero de celda de Silverton.

—Hola, conde —saludó jubiloso—. Me dieron la llave de los campos abiertos bajo el raso libre.

—Parece mentira, parece mentira, hombre... Me envías al Parrots sin decirme ni pío que el dueño era el propio Folker. Y cuando estoy a punto de matarme con él; va y me ofrece la mejor oportunidad de mi canuta vida. Ganarme cien billetes de mil, la gran fortuna.

—Yo no podía desembucharte quién era Folker, como tai dueño, antes de que te entendieras con él. ¿Y qué follón es éste de tu hija de secretaria del tipo que Folker mató?

—Ya lo sabrás en el mismísimo Devon.

—¿Y qué cara vas a usar? ¿La tuya o la de un presbítero?

—Veremos el disfraz que mejor me convenga. Ahora, ahueca, Lipps,

que hemos de recibir las últimas órdenes del patrón.

* * *

En el tren, Lucy iba leyendo en voz alta, despaciosamente, lo escrito por Craig, para que entre los dos pudieran adivinar dónde estaba el oculto mensaje contenido en aquellas líneas que al parecer eran una simple relación de lo típico del hermoso condado.

“El Devon tiene por emblema el rubí. Su suelo es de un ocre rico, su ganado es carmesí, sus setos son braseros escarlata, y las rocas que bordean la costa sur restallan rojizas.

“Pero es un rojo el del Devon que no tiene nada de siniestro. Es la sana y ruda coloración de una salud a toda prueba. Desaparece en parte al llegar la primavera, bajo el apretado tapiz de los pastos que hacen del condado la principal región ganadera de Inglaterra.

“El Devon es el lugar más popular de vacaciones para los ingleses. Popularidad que no se debe enteramente a la rica crema amarilla y grumosa que los visitantes extienden sobre sus puddings. Ni a la sidra que se desparrama con prodigalidad. Pero la predilección que goza el Devon se debe a sus dos costas marítimas.

“La costa norte es áspera y rocosa. Como dice el poema:

“Desde la punta Funeral el faro de Loyche, una tumba se abre de día y de noche...”

“Pero entre estos granitos amenazadores...”

—Perdón si interrumpo —dijo Hilton—. Yo no soy de letras. ¿Quiere repetirme el versito ése?

—¿Cree que es la clave? Dice: “Desde la punta Funeral al faro de Loyche...”

—¡No! No creo que pusiera Craig las cosas tan claras de pronto, ya que para señalar el sitio del contrabando, si fuera éste, no le era preciso emplear tanta paja sobre la sidra y la crema. Soy todo orejas.

“Pero entre estos granitos amenazadores y sus rocas de gres roja, se extienden playas de arena fina, amplias, delicia de la infancia.

“Todo el litoral está cubierto de buscadores de conchas y mariscos. Entre las rocas hay profundos estanques llenos de hierbas marinas.

“En Ilfracombe puede alquilarse una lancha hacia la isla de Loyche, alta plataforma granítica...”

—¿Será la isla de Loyche? —preguntó Lucy interrumpiendo la lectura.

—Demasiado claro. Para indicarnos el sitio donde trabajaban los

contrabandistas, Craig no escribiría tanta vaguedad, para luego decir: “Alquilad una lancha y rumbo a Loyche”.

Leyó Lucy varias parrafadas más y seguía Hilton dando cabezadas negativas cuando ella le consultaba de soslayo con mirada interrogante.

“En el corazón de Dartmoor se halla un pantano desecado que lleva el nombre de Cranmere, y que rodeado de arenas movedizas, es casi inaccesible e impracticable. Se considera una gran proeza el hecho de poder llegar, y regresar, al antiguo pantano de Cranmere y su famoso buzón.

“Una caja de aluminio está escondida en una grieta de la ribera, para recibir las cartas de los muy escasos e intrépidos viajeros que se han arriesgado a ir hasta este desolado, salvaje, áspero lugar, donde aún se yerguen las piedras sillares de una abadía.

“Es costumbre, al mismo tiempo que se deposita la propia correspondencia, extraer las pocas cartas dejadas por el anterior explorador y acercarse a la oficina de Correos más próxima, a unas diez millas.

“Un sello especial que lleva el nombre de Foxmouth es colocado sobre estas cartas y sus destinatarios las guardan como objetos preciosos.

“No hay carretera ni sendero alguno que le conduzca a este llano de barro. Pero como varios de los principales ríos del Devon, nacen a unos centenares de metros del pantano deseado, los audaces decididos a explorar remontan uno u otro de estos cursos de agua, hasta su fuente, y una vez en ella nadie abandona nunca el suelo firme para no ser devorado por las arenas movedizas que rodean el más fantástico y extraño buzón del mundo entero.”

—¿Qué opina de este buzón, Bertram?

—Me empieza a escamar, palabra que sí. A lo mejor lo que sigue, ¿eh?

“Esta tierra de Cranmere no posee una sola casa, ni veréis habitantes. Acaso huesos blanqueados de animales extraviados, y que las arenas una vez los hubieron devorado, echaron fuera. Esta landa, llamada Moor, es la más tétrica que jamás vieron ojos humanos. El único pájaro que la habita es el cuervo.

“Una canción popular por el Dart, expone el horrible destino de los tres viajeros que en noche de ánimas apostaron que a lomos de una enorme y recia yegua gris atravesarían el Cranmere. Desaparecieron para siempre, y ciertas noches, la yegua gris ronda por el Cranmere, envuelta en espectral blancura, oyéndose sus tristes relinchos.

“Al sur de Cranmere, el Devon meridional ofrece muchas caletas antaño paraíso que ofrecía un seguro refugio a los contrabandistas...”

Se interrumpió ella, pero al ver la mueca escéptica de Hilton, prosiguió,

anunciando antes:

—Todo está escrito con letra muy ancha y vamos llegando a las últimas líneas, Bertram... “...los contrabandistas que izando los encajes de Bélgica y los jarros de aguardiente francés por empinados senderos, llegaban tierra adentro. Toda esta costa de día es una delicia. Tenebrosa y sombría por la noche, es poco transitada al desaparecer el sol, porque los naturales os citarán cientos de ejemplos de espantosas apariciones fantasmales”

Suspirando manifestó Lucy:

—Se acabó lo escrito.

Hojeando las cinco cuartillas miró la parte alta con curiosidad. Dijo:

—Hay un error de numeración. No están las cuartillas trastocadas, y sin embargo, donde debe estar el número 2 dice 5 y viceversa. Sin embargo, Craig era un modelo de meticulosidad y organización.

—¿El 2 donde el 5 y el 5 donde el 2? Ah, ah... Eso, huele lo que unos expertos llaman “cartografía”.

—Criptografía, Bertram, que es la ciencia de descifrar claves.

—Da igual cómo se llame, con tal que usted lo descifre, ¿no?

—Pero es que yo no entiendo de criptografía. Es muy difícil.

—Procedamos con sensatez y mesura. Si Craig marcó 5 en vez de 2, sus muy poderosas razones tendría. Eso me recuerda cierto juego que de pequeño practicaba yo. Decíamos por ejemplo...

Y aprisa silabeó Hilton:

—”Re-pa-que-pe-te-pi-gua-po-pi-si-pu-ma”.

Rió ella agitando el índice:

—Conozco el juego, Bertram, y no vale piropear así.

—¿Captó la onda, eh? Bien, si de niños colocábamos las sílabas desde “pa a pu” entre las sílabas de la verdadera frase, partamos de este principio, a ver si Craig colocó en la línea 5 o en la letra 2... O las letras 5 de las líneas 2... Aunque esto me recuerda el problema del enamorado loco que bajo un farol espera a la novia, mira su reloj y dice pensativo: “Ya no sé si me dijo que la esperase el miércoles a las seis o el seis a las miércoles”. Pruebe a ver que pasa leyendo en la hoja 2 saltando 5 líneas.

Leyó ella. Resultaban tres líneas sin el menor sentido.

—La hoja 5 saltando dos líneas.

Dio el mismo resultado. Hilton se quitó la gorra para rascarse la coronilla. Fueron intercambiando sugerencias: cada palabra 25; cada palabra 7 en suma del 2 y 5; cada palabra 10, por multiplicación.

A la media hora, tras repetidos fracasos murmuró Lucy:

—No servimos para criptógrafos, Bertram. Creo que Lambert ya que es policía ultrasecretísimo, sí que acertaría este jeroglífico.

—A Lambert le conozco y lo que haga él, lo hago y o, o me como la gorra. ¡Faltaría más! Déjeme estas cuartillas, y si tiene un lápiz, mejor.

Mientras Hilton se enfrascaba en manipulaciones del lápiz, pensaba ella

que habíam gestos, cosas, algo indefinible en Bertram Hilton que le hacía creerse en compañía de alguien muy familiar...

Sin embargo, aquella gruesa nariz, aquel cabello, el acento, no le eran familiares.

Fue pensando en los sucesos recientes: la muerte de Craig, su hermanastra Margaret, Lambert, el atildado inspector Harris...

Se sobresaltó, porque en torno a su brazo se crispaba una mano.

—¡Ya está! Óigame, Lucy —y lentamente leyó Hilton—: “Izando Dart, abandonada abadía Foxmouth, buzón Cranmere”. Son siete palabras, ¿verdad? La suma de dos y cinco. Y he obtenido estas siete palabras, leyendo hacia atrás desde la palabra final, cada treinta y cinco palabras.

—¿Por qué cada treinta y cinco?

—Pura chiripa. Me cansé de multiplicar 2 por 5, sumar 2, 5 y 2 y 5, hasta que elegí lo más sencillo, caramba. Sumar 2 y 5 multiplicar por 5. Total, 35. ¡Y ya no cabe la menor duda que acerté! Y no leer normal, al derecho, sino al revés.

—Pues yo no entiendo lo que significa la frase.

—Porque no conoce el Devon. El Dart es el río que desemboca en el puerto de Dartmouch. Un puerto lleno de acantilados y bahías. Izando significa en lenguaje marinero, que el alijo, o sea la carga de contrabando, se lleva Dart abajo, partiendo desde la abandonada abadía de Foxmouth, llamada así porque era antes el lugar donde unos cartujos o trapenses daban de comer a los numerosos zorros que abundan por allí. Todo esto lo supe porque me tocó de compañera de mesa en la fonda de Torquay, una maestra de escuela muy charlatana.

—Esto parece tener mucho sentido, Bertram. Pero ¿qué significa entonces el buzón Cranmere?

—A lo mejor es donde dejan sus mensajes los que se citan para recoger y los que han de llevar la mercancía. Ahora bien, Craig el mismo día en que fue asesinado, venía de Exeter, el pueblo más cercano a la abadía de Foxmouth. Está claro lo que pasó. Fue seguido y apuñalado ante su casa.

—¿Por qué no en Exeter, en la abadía o en el tren?

—Para no llamar la atención de la policía sobre estos lugares.

—Oiga, Bertram... ¿Sabe, que si quisiera, sería un excelente policía?

—Líbreme el averno de tal caída. Ahora vamos a planear la cosa. Usted se quedará en Exeter, mientras yo visite la abadía.

—¿Por qué he de quedarme?

—Usted es una mujercita impresionable...

—Ya me han dado muchas impresiones fuertes. Empecé y termino. ¡Vaya que sí! Además, no me quedaría a solas en Exeter. Si me ven allí, y saben que soy la secretaria de Craig, a solas, sin usted, correría más peligro. ¿No es mi “ángel”?

—Cierto que sí. Bueno, de día van muchos turistas a la abadía. No

llamaremos la atención.

—¿No sería mejor que comunicásemos con Lambert?

—Tengo su fuerza, tengo su caradura y tengo su listeza, aunque no sea polizonte secreto.

—Si no lo es, ¿por qué se toma todo este trabajo, Bertram?

—Lo sabrá, tan pronto le quite yo la careta al jefe de los contrabandistas. Ahora dormiré un poco, porque esta noche quiero visitar la abadía.

—¿No le dan miedo los fantasmas?

—Soy un experto en fantasmas. Se pega un estacazo, y bajo la sábana, restalla la carne. Es un truco viejo. De cada cien fantasmas que recorren los campos ingleses, puedo irle dando el pelaje de noventa y nueve.

—Es usted una enciclopedia, Bertram. Cuénteme algo más de fantasmas.

—En el castillo de Liven, había tres espectros blanquísimos arrastrando cadenas, y en el poblado nadie se acercaba a menos de una milla. Un policía se envolvió en una sábana, y de noche, se puso también a arrastrar un cadenón. ¿Sabe lo que pasó?

Una banda de monederos falsos que trabajaban en los sótanos del castillo, y las cadenas disimulaban el ruido de la máquina de troquelar.

—Ah... Lo leyó en la Prensa. ¿Y leyó lo del duendecillo iluminado de la llanura de Cornualles?

—No.

—Era un niño de ocho años, vestido de gnomo con ropas fosforescentes que brincaba agitando un tridente, y asustando a los caminantes por cierto sendero, que en dos noches nadie paseó. Y así, un ingenioso enamorado podía entrevistarse nocturnamente con una viuda que quería pecar, pero sin perder su fama de honesta.

—¿Y supone que si hay fantasmas por Cranmere o por el Bart, serán contrabandistas que desean deambular sin testigos?

—Exacto. No falla. Lo sabremos llegando a la fonda. Allá tendremos que tutearnos, o se nos verá el plumero.

Cenaron en la fonda elegida por Hilton. Tenía el aspecto medieval del condado.

Hilton ligó una animada charla con la criada. Era entretenido para Lucy, ver como el londinense, adoptaba aires de badulaque maravillado, al escuchar las respuestas a sus preguntas de turista.

—No habrá fantasmas, supongo —insinuó Hilton— por aquí cerca.

—Muy cerca, señor. Hace ya más de seis meses, que los viernes en que la luna está en el último menguante, aparece la sombra de un monje trapense tocando el violín por la abadía y río abajo han visto balsas con otros trapenses.

—¿Tocando también el violín? —inquirió Hilton muy serio.

—Estos, no. Estos tienen la capucha sobre la cara, manos en las mangas y cantan oración de difuntos.

—¡Sopla! Cualquiera se pasea los viernes de luna menguante por el Dart. Esta noche nos bastará recorrer la ciudad. ¿Vamos, hermanita?

Ya en la calle, dijo Hilton:

—¿Oíste? Noche sin luna, balsas, sayal color tierra, violín en la abadía y toda la música...

—Hoy es viernes —murmuró ella algo trémula.

—Pero hay luna llena. Y sin embargo Los Fantasmas Sinceros han ordenado que vengamos hoy mismo.

—Sí. Hemos de ir a la abadía.

—Quédate en este café, mientras voy a buscar dos cosas muy necesarias. Volveré antes de media hora.

—Dime por lo menos, lo que vas a buscar.

—Un violín y dos sayales de trapense.

CAPÍTULO IX

Ella se quedó boquiabierta, en el umbral del café.

Hilton estaba ya lejos, caminando a pasos apresurados.

Poco después Hilton entraba en la comisaría central, de la ciudad de Exeter.

El sargento de guardia le contempló con benevolencia. Seguramente algún turista que había perdido algo pensó.

—Buenas noches, sargento. Quiero hablar en el acto con el jefe.

—Conténtese conmigo —replicó el sargento, menos benévolo al oír aquel tono autoritario—. Y empecemos por el principio.

—El principio es que si dentro de dos minutos no estoy en comunicación con el comisario jefe, sabrá usted quién es el inspector Ronald Harris, de Scotland Yard.

—Vaya, vaya... ¿Y quién es el inspector Harris, de Scotland Yard?

—Yo mismo, en persona —declaró “Bertram Hilton”.

El sargento le acechó con acentuado enojo. Refunfuñando, descolgando un teléfono:

—Como se trate de una broma pesada, le costará siete días de celda.

—Sería lo legal. Adelante, sargento.

El sargento habló por teléfono:

—¿Señor comisario Potter? A sus órdenes. Un caballereito melenudo y con traza de *cockney* me exige urgentemente hablar con usted, afirmando que es de Scotland Yard.

Aguardó la respuesta, y dijo respetuosamente:

—A la orden, señor comisario.

Llamó a un agente.

—Acompaña a este... visitante al despacho del jefe.

En el despacho, cerró el visitante la puerta a sus espaldas, y avanzó hacia la mesa, tras la cual un individuo de rostro colorado, le miró en silencio.

—Soy Ronald Harris, inspector de Scotland, señor declaró Harris, sin el menor acento barriobajero—. Si lo requiere, confirmarán mi personalidad y verdadera identidad.

—Por el momento, no lo juzgo necesario. Siga.

—Ruego dé la orden para que me traigan aquí con la máxima urgencia un violín, con su arco correspondiente, y dos sayales trapenses. Uno, de mi talla el otro, para un cuerpo esbelto de metro sesenta.

El comisario habló por su dictáfono:

—Sargento Travers... Al instante, que vayan a la guardarropía del Opera House y recojan dos sayales trapenses, uno que le sirva a mí visitante, y otro para una persona esbelta de metro sesenta. Y un violín con arco. ¡Sí! He dicho un violín con arco. Al instante. Espero.

Se reclinó tras cortar la comunicación, señalando una silla a Harris.

—Le contaré el caso brevemente, comisario. Murió en extrañas circunstancias un comerciante llamado Chester Craig. Al parecer, suicidio, pero era asesinato. Vigilé a su secretaria y las oficinas, hasta que vi a un individuo que conozco perfectamente, aunque iba disfrazado, y que se llama Harper Silverton.

—Nombres que me suenan, inspector.

—Ha cumplido condenas. Es un experto en allanar casas y cofres ajenos. Le vi entrar en la oficina. Cuando salió, entré yo y pude leer lo que había dejado en una carpeta. Lo cogí. Era un mensaje. Adopté mi único disfraz, que me ha sido muy útil para recorrer los docks, donde bajo esta apariencia, me conocen por Bertram Hilton.

Ofreció el comisario un cigarrillo y la llama de su mechero.

—Ahora he llegado a Exeter con la señorita secretaria de Craig, tras la pista del asesino de Craig y ciertos contrabandistas de armas. Esta noche quiero visitar la abadía, y por esto he pedido los sayales y el violín. Si pasan dos días con sus noches y no vuelvo a visitarle, haga vigilar discretamente el Dart, el buzón de Cranmere y la abadía. En estos lugares está la clave.

—De acuerdo, inspector. ¿La señorita secretaria le conoce?

—Me cree Bertram Hilton.

—¿Sospecha de ella?

—No, pero no puedo decirle quién soy, hasta que no acabe de ver claro todo el enmarañado juego que se trae Harper Silverton.

—¿Necesita algún agente?

—Por ahora, no, gracias.

—La abadía está muy solitaria, inspector.

—Mucho mejor para mis fines.

Hablaron unos instantes más, y tras tocar en la puerta entró un agente llevando un fardo que depositó sobre la mesa.

A los veinticinco minutos de haberse separado de ella, el inspector Harris entraba en el café, y sentándose junto a Lucy, dejaba el fardo en el banco entre los dos.

—Los sayales y el violín, Lucy.

—¿Dónde los conseguiste?

—En el Opera House. Fue fácil con propineja.

Harris había recuperado su acento barriobajero.

—Eres un talento, Bertram. Y estoy excitadísima.

—¿Por qué?

—He estado pensando y estimo muy acertado el disfraz para visitar la abadía.

—Salvo que aparezca un polizone con una estaca para saber si hay carne en los dos fantasmas trapenses.

—¿Dónde nos vestimos?

—En las afueras, junto al río. Vamos, Lucy. Tenemos ya el primer hilo de la madeja.

CAPÍTULO X

Habían caminado ya durante media hora, y empezaba ella a sentirse fatigada, cuando su acompañante, que iba precediéndola, anunció:

—Faltan menos de dos millas y se ven ya las torres de la abadía, Lucy. Vete revistiendo el sayal, y seguiremos remontando la ribera río arriba.

Cuando Lucy se vio envuelta en los amplios ropajes pardos, calada la capucha, tuvo un estremecimiento de temor.

Se tranquilizó al ver entre el bosque, la otra silueta que llevaba bajo el brazo un violín.

Corrió hasta reunirse con él.

—¿El violín, para qué? ¿Sabes tocarlo?

—Ni idea, pero ellos lo deben emplear para dar mayor impresión de misterio.

—Tengo algo de miedo, lo confieso. La noche, este silencio, ni un alma, el susurro del río y estas ramas de árboles moviéndose...

—Mañana hará sol. Y ahora adelante. Aunque si quieres puedes sentarte aquí, y ya te recogeré a la vuelta.

—No me quedaría aquí a solas ni por todo el oro del mundo.

Las formas redondeadas y confusas de la abadía iban surgiendo, cercadas por una alta tapia blanca.

Tras ella se erguían solemnes y tristes las agujas de cipreses que formaban un cuadro de inmóviles centinelas en rededor del edificio.

—Hay...hay tumbas allí...

—Los muertos nunca hacen daño a nadie.

—Pero... si alguien no tiene miedo de los fantasmas, nos puede... soltar un balazo.

—Sólo se oyen nuestros pasos, Lucy. Anda, y sigue animosa hasta el fin.

—Tengo ganas de reír y gritar. Estás tan raro con este ropaje... que si te vieras...

—Te veo y me basta. Ahora, cállate un poco.

Estaban junto a la tapia, en la margen del río, que habían cruzado por

un pequeño puente rústico.

En el blanco muro se divisaba la sombra de una puerta, hacia la que se encaminó el inspector.

Un graznido agudo y repentino, hizo que Lucy se precipitara encima de Harris, gimiendo:

—Allí...

—De la cima de un ciprés una sombra negra, se agrandó en el aire.

—Un cuervo, chica. Graznan, pero no muerden. Adelante.

Empujaba ya la puerta, que resistía, hasta que rechinando sobre sus goznes se abrió, dando acceso a una explanada de una veintena de metros de ancho.

Al fondo, los muros semiderruidos de la abadía, evidenciaban su completo abandono.

Entre dos cipreses, Lucy se santiguó.

Por el suelo y a trechos, blancas lápidas soportando una cruz de tosca madera, denotaban la existencia de tumbas.

—Escuché el plano de la abadía. Aquella puerta es la del ábside central, y a ambos lados están las celdas y el refectorio. Al final, al fondo, la biblioteca. No hay un solo mueble ni libro. La escalera que conduce al sótano, donde los trapenses cultivaban setas, se abre en el refectorio, que es donde vamos a ir primero. Sígueme.

La última palabra era innecesaria.

Lucy casi pisaba los tacones del inspector, mirando hacia atrás, y caminando gracias a que agarraba la manga de su guía.

El ábside aparecía enorme en su desnudez. Por las altas vidrieras de colores, penetraba luz de luna.

Aquel monasterio que contuvo un siglo antes ciento veinte trapenses y que fue abandonado al morir la mayoría en una epidemia de tifus, tenía una topografía sencilla.

Harris encendió una linterna cuando penetraron en el refectorio. La iluminación dio cierta tranquilidad a Lucy. Dijo Harris:

—Si los contrabandistas han elegido este lugar para esconder las armas que roban de los arsenales, no las colocarán en el ábside, ni en las celdas, ni aquí. Si acaso en el sótano. Vamos a ver.

—Vete con cuidado, Bertrana. Abajo, puede haber alguien.

—El problema es sencillo. Si es contrabandista, nos tomará por colegas. No hay que temer nada.

Empujó la puerta, que, al abrirse, no dejó oír el menor ruido.

—Han aceitado los goznes de esta puerta —comentó Harris—. Apóyate en mi hombro, porque estos peldaños están húmedos y resbaladizos.

El foco de la potente linterna iluminaba, al término de los ocho peldaños un sótano largo, de suelo mohoso, desnudo de todo objeto.

Dobló Harris una rodilla, tocando el moho.

—Es curioso. Aquí han andado no hace mucho, pero no han transportado cajas ni las han dejado.

—¿Cómo... esto... cómo lo adivinas?

—Las cajas, al ser depositadas en ese suelo blando, habrían aplastado el copioso verdín. Hay huellas de pasos muy recientes.

—Ya... hemos visto que... no hay nada. Vámonos... hace frío, terriblemente frío... ¡Ay, mamá!

Y Lucy se precipitó en los brazos del inspector, temblando convulsivamente.

La diestra de Harris, empuñó la pistola que había sujetado con una correa a su antebrazo izquierdo, bajo la ancha manga.

Claros, distintos e impresionantes, acababan de sonar unos compases melódicos, extraños, de música poco corriente.

Harris susurró:

—Un órgano... El órgano del ábside. Alguien lo toca.

—Un... ¡duende!...

—Un cuerno. Tú tranquila y quieta. No hay nadie aquí dentro. Yo subiré a ver.

—¡No me dejes sola, por lo que más quieras!

—Cállate y obedeceme. Cerraré la puerta al salir y no correrás peligro alguno.

Empezó a subir la escalera y ella fue tras él. Desistió Harris de insistir, limitándose a travesar el refectorio, con los brazos cruzados y las manos metidas en las mangas, palpando la diestra la culata de la pistola.

Al llegar al ábside se detuvo.

En el órgano, volviéndole la espalda, un tercer trapense estaba tocando suavemente *La catedral sumergida*, de Debussy.

Harris entregó el violín a Lucy, y avanzó pausadamente, calada la capucha al igual que el organista.

Se detuvo junto al órgano y el que tocaba, alzó las dos manos de encima del teclado.

Su saludo no tuvo nada de místico:

—Hola. No debiste meterte en el sótano, puesto que sabes que donde nos reunimos es aquí, en el ábside. ¿Es Jim o es Terry el que te acompaña?

—Terry —ronqueó Harris—. He pillado un catarrazo.

—Di mejor que habrás pillado una cogorza como acostumbras. ¿Por qué lleva Terry el violín de Jim?

—¡Ostras! Preguntas más que el loro de la portera. Sigue tocando y déjanos en paz. ¡Tú, Terry, siéntate y descansa! Este preguntón nos va a interpretar lo que le dé la gana.

—Tú lo has dicho —replicó el organista.

En un rincón, más que sentarse, Lucy se dejaba caer desmadejada.

La arcaica música sonó inundando el ábside, desparramando las

profanas pero místicas notas del *Vals triste*, de Sybellius.

La mente de Harris trabajaba activamente. Deducía que el encapuchado contrabandista estaba esperando a otros, y los había tomado a ellos dos por componentes de la banda.

Lo prudente era apresarlos, y ver de interrogarle, porque esperar a los demás, era exponer a Lucy.

Fue aproximándose más al que tocaba, que parecía ensimismarse en la música que producía, como un artista sincero.

Iba ya Harris a enlazarle prietamente por el cuello, cuando se oyeron rumores de recios pasos, y una voz autoritaria conminó:

—¡Se acabó la música Leslie!

El que tocaba dejó en el acto de pulsar el amarillento marfil. Giró sobre su asiento.

Iban entrando uno tras otro, siete encapuchados. El que había hablado iba delante, y vino a apoyarse en el órgano, al otro lado de Harris.

—Ya estamos diez. No han de tardar los otros cinco.

Los recién llegados iban sentándose en el suelo. El que llevaba la voz cantante, agregó: —Son ya las once. Parece que no van a ser todos puntuales.

Se encogió de hombros el llamado Leslie.

Reinó el silencio y en su rincón, acurrucada, agradeció Lucy que Bertram se acercase para sentarse a su lado.

Se apoyó ella contra el hombro del inspector.

Pasaron unos minutos y por fin, Leslie, el organista, dijo:

—Tardan esos cinco. A lo mejor en el buzón de Cranmere no dejó nota el jefe. Otro viernes sin trabajo.

—Pero cobrando igual. ¡Eh! Alguien viene. Toca, Leslie.

A los compases del órgano iniciando *Caballería rusticana*, fueron entrando otros encapuchados.

Harris contó siete... ¡y los ya llegados, sólo esperan a cinco!

Pero fuese que no contasen, o no fuera extraño el aumento de cifra en la reunión, nadie comentó ni dio la menor muestra de alarma.

De los recién llegados se destacó uno, que se sentó en el centro de la gran nave. Los otros fueron formando círculo a cierta distancia, sentados también en el suelo...

Harris casi arrastró a Lucy hasta el círculo.

El que estaba sentado en el centro, sin quitarse la capucha, empezó a hablar:

Había noticias en el buzón. Y graves. Un tipo llamado Craig había descubierto todo nuestro tinglarlo.

El murmullo brotó de varias capuchas. El que hablaba, prosiguió:

—Pero el mismo día en que vino a husmear por aquí, procedente de Londres, cuando regresó a Londres, sin haber comunicado con nadie,

entonces el jefe le metió en el pecho unas onzas de cuchillo dejándolo seco.

Varias capuchas aprobaron cabeceando.

—La policía ha declarado que se trata de un suicidio, ¡hay que ver lo idiotas que son!

Lucy estalló en una risita nerviosa, incontenible, casi histérica.

Quedó sofocada porque Harris tapó con una mano su boca.

—El mensaje del jefe comunica algo más. Dice que hoy, esta noche, entre nosotros, tenemos a dos intrusos.

Harris empuñó la culata, y Lucy cerró los ojos.

CAPÍTULO XI

—Dos intrusos porque no han estado nunca aquí dentro, con nosotros. Deben darse a conocer, contestando en forma adecuada a mí pregunta de contraseña, y al hacerlo uno de ellos, le cederé mi sitio porque nosotros debemos obedecer lo que ordene.

Se levantó para efectuar la pregunta de contraseña:

—”¿Qué es lo que nadie en la abadía debe olvidar jamás?”

Un encapuchado, alto, se levantó para contestar:

—”El exceso de confianza, pierde. La menor imprudencia, nos perderá.”

—Tú eres uno de los enviados por el jefe. Ocupa mi lugar.

Mientras los dos cambiaban de sitio Lucy apretó repetidamente el hombro de Harris que dio un cabezazo de aprobación.

También había reconocido en la voz del “intruso” la del martiniqués Lions Lambert.

Sentado en el centro, Lambert se quitó la capucha.

—Me llamo Lambert. Y el jefe así quiso que me diera a conocer. Quiere también que os explique porqué soy de los vuestros. Es una breve historia. Yo navego mucho y olfateé algo raro en cierto velero. Llevaba armas, y me interesó el asunto cuando vi que también lo había olfateado un individuo llamado Chester Craig, que era del Servicio Secreto inglés. Le hice entrar en confianza, así como a su secretaria. Cuando cayó muerto, fui a ver a vuestro jefe y le puse las cartas boca arriba. Era bueno lo que yo le ofrecía sí, muy bueno.

Todos escuchaban con atención. Lucy temblando de contenida furia.

Ahora odiaba con toda su alma al traicionero piloto.

—Yo le ofrecí al jefe el sitio más apto para esconder ciertas mercancías. La propia oficina de Craig. Es sencillo de explicar. Hace ya tiempo que la hermana de Craig y yo tenemos relaciones amorosas. Tengo buen físico, ella también, y ambos tenemos buen gusto. Os presento a nuestra hermosa aliada. Guapa ella, y muy señora.

Un encapuchado en pie, vino a colocarse junto a Lambert, sentado, y quitándose la capucha aparecieron los rasgos severamente bonitos de Margaret Craig,

Alguien emitió un silbido de admiración.

—Siéntate, mi vida —sonrió Lambert—. Y hago saber al que pretenda hacerle la rosca a Margaret, que se las verá conmigo. Vamos al grano, y para que no escandalicéis os aclararé que ella no es hermana, sino

hermanastra del difunto. Como podéis apreciar, es muy diferente.

Muda, estática, Margaret Craig parecía estar muy lejos.

Lambert prosiguió:

—Los negocios de Craig andaban mal y yo decidí que una buena dote para mi prometida, era conveniente para ambos. Tanto Margaret como yo, gozamos de la plena confianza de la secretaria, una ingenua mocita. Y ahora, toda la correspondencia ya no tendrá que pasar por el peligroso Cranmere, sino por las mismas oficinas de Craig. Un golpe maestro.

Aprobaron los encapuchados en silenciosas cabezadas.

—Y ya explicado todo, vamos al asunto. Esta noche, el alijo completo está donde siempre, y vamos a ir transportándolo a las balsas de la gruta. ¡Jim, tu violín! Tocarás mientras sacamos el alijo.

Se levantó uno, y de pronto alguien exclamó:

—¡Dos violines! ¿Qué pasa aquí?

Bajo las capuchas, la sombra aumentaba el brillo de los ojos que se fijaron en Lucy, bajo cuyo sobaco estaba el violín, mientras otro encapuchado mantenía en alto un instrumento idéntico.

Saltando en pie, exclamó el inspector Harris:

—¡Un espía, un polizone, a él!

Se abalanzó sobre el llamado Jim, derribándolo al suelo, y haciéndole chocar la cabeza contra las losas varias veces.

Todos en pie, asistieron a la leve y contundente acometida.

Y de pronto, en la espalda de Lucy se apoyó un objeto punzante, mientras el organista Leslie, aplicaba también su cuchillo en la nuca de Harris.

Los otros rodearon en un instante a los dos verdaderos intrusos.

—La capucha —farfulló Leslie—. Ved... Es Jim. Y este tipo miente. ¡Sacadle la capucha, y no te muevas o te apuntillo como a un cerdo espía!

—¡Diecisiete! ¡Somos diecisiete!

—¡Sobran dos, sobran dos!

Lionel Lambert exclamó imperioso:

—¡Quietos todos! Yo represento al jefe, y él decidirá. Ahora, veamos la cara de estos dos.

Fuera la capucha, apareció el rostro de Bertram Hilton.

—Yo conozco a este tipo —dijo Lambert—. Dejadme hacer memoria. ¿Vosotros le conocéis?

—No es de los nuestros. ¡Y ésta... una mujer...!

Lambert contempló a la pálida Lucy. Rió jovialmente:

—Vaya, vaya... La secretaria ingenua que nunca salió de Londres y ha sabido llegar hasta aquí. ¡Atadles mejor, tíos listos!

Las muñecas de Harris y Lucy quedaron prietamente unidas a sus espaldas. Dejaron de notar la punzada del cuchillo.

—Un poco más y nos descubren —comentó Lambert—. Me engañaste

muy bien, nena.

—¡Usted... es un maldito traidor... un canalla...!

—No te alborotes, nena. Ya gritarás mejor cuando estés ante el jefe. Bueno, al trabajo todos. A estos dos los dejaré en el sótano, hasta que el jefe decida lo que haremos con ellos.

Fueron yéndose los falsos trapenses, que poco después iban constituyendo en la noche, entre los cipreses, una hilera de macabros sepultureros.

Alzaban las lápidas, y cogiendo los extremos de cuerdas, sacaban del interior de las tumbas profanadas pesadas cajas.

Lambert empujaba a Harris, mientras Margaret Craig hacía lo mismo con Lucy.

Bajando las escaleras, iluminadas por una linterna llevada por Lambert gritó Lucy:

—¡Es usted odiosa, Margaret! ¡Odiosa!

—Bonita pistola, amigo —comentó Lambert, soltando a Harris y dándole un empujón.

Encañonaba al inspector que dijo:

—Tú me conoces Lambert. Soy Bertram Hilton.

—¡Cierto! Te he visto rondar por las tabernas y las mesas del tapete verde. Pero no sé cómo podrás explicarme lo que hacías aquí con la secretaria de Craig, y qué hacía ella con un violín. Vuelve al refectorio, Margaret, porque me temo que tus castos oídos, podrían ser mancillados por feas palabrotas.

Margaret Craig subió las escaleras, desapareciendo. No había pronunciado una sola palabra.

—Estás equivocado conmigo, Lambert. Yo soy Hilton y navego en aguas revueltas. Nada debéis temer de nosotros dos.

—Be ti a solas, nada. Pero vas con esta niña que quiere descubrir todo el potaje. ¿Por qué vas con ella?

—La convencí cómo convenciste a Margaret, de que en lugar de revelar lo que había descubierto a la policía, ganaría más tratando con el jefe de la banda.

—¿Y os disfrazasteis?

—Para...

—Calla, embustero.

—¡Digo la verdad, ostras!

—Hay cosas imposibles. Por ejemplo, que esta niña sea capaz de alternar con cómplices de un asesinato y contrabandistas de armas. No te veo claro, Bertram Hilton.

—¿No olfateaste tú lo del viejo Craig? Pues yo también, y quiero mi parte.

—Descuida. Se lo haré saber al jefe, y él te dará la parte que te

corresponda.

Iba Lambert subiendo las escaleras de espaldas, sin dejar de apuntar al prisionero. Al llegar arriba, cesó toda luz.

La puerta cerrada, dejó oír desde fuera el ruido de cerrojo y una barra de hierro al ser encajada horizontalmente.

—¡Qué horrible, Bertram! ¡Lambert y la hermana de Craig!

—Es horrible, pero son millones lo que vale este tráfico de armas, Lucy. Anda, no desesperes.

—Mientras esté contigo, no tengo miedo, Bertram. Eres feo, pero muy valiente y simpático —sollozó ella.

En la penumbra, acostumbrados los ojos, se veían los rostros. Y Harris sintió que debía luchar contra el terror que iba invadiendo a Lucy.

—De aquí a que Lambert comunique con el jefe de la banda, tenemos mucho tiempo por delante. Yo podré deshacerme de estas cuerdas. Cosas más difíciles he hecho. Siéntate en el primer peldaño, así... Bueno, y ahora escúchame con tranquilidad.

—Habla, Bertram.

—Así va mejor —dijo él, sentándose a su lado, y aplicando las cuerdas contra el reborde del peldaño a su espalda—. Durante toda la noche hasta el alba, éstos tienen trabajo llevando las armas hasta el puerto. Y no son más que las once y cuarenta. Tenemos pues siete horas largas, y verás cómo escapamos.

—Ojalá, Bertram.

—Y hablemos de otra cosa por unos instantes. Hace ya dos años que te conozco, Lucy. Dos larguísimos años. Lo confieso ahora, porque no considero deslealtad valerme de estos instantes, en que nos olvidamos de los convencionalismos, para decirte que muchas veces te he contemplado desde lejos, y viéndote llegar, el sol barría la niebla, y viéndote partir la bruma volvía a mí alma.

—¡Bertram! Si yo te era... si tú... en fin, ¿por qué no buscaste el medio de que nos conociéramos? Eres bueno y muy simpático... Hace menos frío aquí dentro, Bertram, y... ¿qué va a ser de nosotros cuando venga el jefe de la banda?

Harris movía los hombros rítmicamente, siguiendo los vaivenes que imprimía a sus dos muñecas atadas, rozando la cuerda contra el saliente de piedra. Sonrió:

—Dos horas para las cuerdas, y otras tantas para abrir la puerta. Ten confianza en mí, Lucy.

—La tengo, Bertram. Ahora comprendo por qué, al verte por primera vez, tuve la impresión de que te conocía hace mucho tiempo... Y hay otra esperanza... Sí, “Los Fantasmas Sinceros”...

—En efecto. Pero por ahora seguiré en mis intentos.

Pensaba Harris que quitarse las ligaduras podía resultar posible. Pero,

¿y abrir la puerta de madera cubierta de chapas de bronce y apuntalada con una barra de hierro?

Prefirió aprovechar “el instante”:

—No naciste para aventuras, Lucy, sino para tener una casa bien puesta, mimar a un buen esposo, y educar la pléyade de hijos que tendrás...

—Vas muy de prisa, Bertram. La verdad es que hasta ahora no he pensado en casarme. Y por cierto, a veces hablas con mucha finura para ser un *cockney*, sin letras, como dices. Eres algo misterioso, Bertram; sí, algo misterioso...

—Es la noche, esta ropa, la situación, las emociones... ¡Escucha!

Se oían débiles, los compases del órgano. Susurró Harris:

—¿Conoces esta melodía que tocan, Lucy?

—No.

—Es famosa. De un pianista magistral, Charlie Kuntz. Se titula *Amanecer radiante*. Y ahora... ¿oyes? Otra melodía de Charlie Kuntz, también conocidísima: *Pronto seremos libres*... ¡El que está tocando nos transmite un buen mensaje en código musical!

—¿Será el que escribe los mensajes?

—Puede que sí. No puede llegar hasta aquí, mientras sigan los contrabandistas, pero ha logrado entrar. Valor, Lucy, que antes del amanecer estaremos libres. ¡Nunca supuse que me emocionaría tanto la musiquilla de Charlie Kuntz! ¿Oyes?

—Esta la conozco... Es *A las cinco volveré*. ¡A las cinco! Estarán lejos los contrabandistas. ¡Escaparemos!

—Eso es. Trata de dormir, y sólo puedo ofrecerte mis rodillas como almohada. Sin música.

—Eres muy simpático, Bertram. Te tengo cariño.

—Eso es buen síntoma. Así se empieza. Anda, trata de dormir.

Cerró ella los ojos, ladeada la cabeza sobre las piernas de Harris, y murmuró:

—Tienes razón, Bertram. No quiero más aventuras. No nací para esto.

Harris siguió segando sus cuerdas, procurando mover solamente los brazos. Y Lucy, más que dormir, se sumió en letargo de mil confusos pensamientos.

Las gafas azules habían caído en la refriega, privando del azul, las pupilas de Bertram Hilton.

Y ella conocía aquellas pupilas, pero no acertaba.

¿Dónde las había visto?

CAPÍTULO XII

Lionel Lambert, tras cerrar la puerta, se acercó al órgano donde se apoyaba Margaret Craig. Sonrió:

—Ya estamos llegando al final, Margaret. Tan pronto ellos se vayan río abajo, usted emprenda el camino hacia Exeter.

—No quiero dejarle solo con estos forajidos, Lambert. Están sacando fardos y cajas de las tumbas. Deben ser castigados.

—Y lo serán, pero usted hará lo que le digo.

—Sepa, Lambert, que nunca he recibido más órdenes que las de mis abuelos, padres y hermano.

—Era, pues, hora que las recibiera de un hombre lisa y llanamente. Aprecio todo su valor, y en nombre de Chester, le ordeno que haga lo que le digo. Por de pronto, sentarse, mientras voy a reunirme con los otros. Después lo que le diré.

Se marchó Lambert, cuando tras unos momentos de mirar fijamente, pero con alegre sonrisa a la severa Margaret, ésta se sentó.

En la explanada, los contrabandistas iban sacando y transportando las alargadas cajas. Otros, en el exterior, las recogían para estibarlas sobre balsas en el río.

El organista Leslie se acercó a Lambert.

—Tú representas al jefe por lo que he oído. Dentro de unos diez minutos, estaremos listos para ir al puerto. ¿Quién se queda de vigilancia?

—Jim con su violín. Enviaré a mi chica a avisar al jefe.

—Bien.

—Vuelvo para ver si sonsaco al par de tórtolos. Mi chica tocará un poco el órgano para sustituir a Jim, mientras se termina la carga del alijo.

—Tienes suerte. Es guapa tu novia, pero es del tipo serio.

—Estas son las que mejor salsa tienen, bien cocinadas. Hasta luego. Si terminas antes la carga, dame un silbido.

—¿Un silbido? Ah, es verdad... Eres nuevo. Nuestra contraseña es un triple graznido. Algo parecido al cuervo...

—Bien. Hasta luego.

En el umbral, Jim empezó a acordar las clavijas de su violín.

—Vete a ayudar a los demás, Jim —dijo Lambert—. Mi chica tocará el órgano. Algo alegre.

—Voy allá.

—Después, tú vigilarás, hasta que al amanecer venga el jefe, que mi

chica irá a avisar de la novedad.

En el interior sentada ante el teclado, Margaret Craig, muy erguida, parecía una estatua de alabastro.

—Tenemos minutos por delante, Margaret —murmuró el martiniqué.
—Ellos me consideran ya uno de la banda.

—Le favorece su... facilidad de palabra, Lambert.

—Puede decir mi aspecto. ¿Qué tal anda de música?

—Depende de lo que entienda por música.

—Esto es un órgano. ¿Sabe darle al trasto?

—Puedo intentarlo.

—Seguro... Usted borda, hace pasteles, conoce los clásicos, y sabe música... Chester la quería mucho y lamentaba que hubiera rechazado tantos buenos partidos, por cuidarle a él.

—No hubo sacrificio.

—Pero sí un sacrificio.

—¿Quién?

—El dichoso mortal que sepa fundir la nieve aparente de su tez, bajo la que corre la misma sangre roja que contienen mis venas.

—Le agradeceré recuerde que estamos unidos por un afán de venganza, pero no para decir ni escuchar sandeces.

—¡Qué diablos! Ni con fantasmas, abadías, cipreses y tumbas, pierde usted la supuesta frialdad puritana. Los ingleses tienen demasiado corta la lengua.

—Usted, en cambio...

—Ya sé, me sobra, y a mucha honra. Pero, me voy a extraviar si seguimos así. ¿Conoce, por casualidad, esa música en discos llamados "Tonadillas" y que interpreta el órgano de Charlie Kunt?

—Toda Inglaterra está inundada de ellas.

—Lo celebro. ¿Conoce *Amanecer radiante*?

—Sí. ¿Es ésa?

Desgranó ella los fáciles y pegadizos compases de la melodía popular.

—Magnífico. ¿Y *Pronto seremos libres*?

—Muy vulgar, pero sensible.

Al cabo de unos segundos, dijo él:

—A las cinco volveré.

—A las cinco volveré.

Cuando ella acabó de interpretar, una sonrisa la embelleció.

—Una manera hábil de dar esperanza a la pobre niña. ¿Quién será su acompañante? —Era una *cockney* vulgar.

—Ya estarán tranquilos, si como yo, aprecian la buena música.

—Perdone, pero esto no es buena música ni mucho menos.

—Es que yo prefiero un buen bistec con montañas de patatas gritas a una *paular de fricassée* que no deja de ser carne triturada con pasta blanca.

—Me llama usted sofisticada.

—Te llamo guapísima. Me importa poco que me fulminen con mirada de diosa ofendida. Un caballero inglés de los que dicen adorar a Bach, Haendel y otros músicos magníficos para curar el insomnio de la gente vulgar, que por suerte no tiene insomnio, te diría por ejemplo: “Señorita Craig: ¿puedo esperar el honor de conseguir su amistad?” Y te hablaría de música clásica, de literatura egipcia y de política tártara. Pero yo tengo prisa, porque puedo morir pronto. Y necesito una radiante novia que sea recta, sencilla y hogareña como tú. Pie conocido demasiadas muñecas frívolas. Resumiendo, Margaret, y hablando por lo fino: apenas contemplé la maravilla melodiosa de tu conjunto corpóreo y anímico, instantáneamente comprobé que era cierto eso del flechazo.

—Su impetuosidad le hace confundirme con una novia de cada puerto.

—Sabes perfectamente que hablo con el máximo respeto que puedo. No es culpa mía haber nacido en tierra de volcán, de sol y de calor en las venas. Una vez vi cómo el sol fundía la nieve en una cima blanca. Y la blancura se hacía sonrosada, después llama... ¡Era precioso! Cómo lo serás tú cuando te fundas...

—Le recordaré que sus frivolidades, son, además de desplazadas e incongruentes, levemente ofensivas.

Extasiado, Lambert juntó las manos:

—Será estremecedor oírte decir: “Lionel considero imperativo y además, urgente, que me conduzcas al altar”. Seguiremos luego la discusión...

Acababan de resonar, espaciados, tres graznidos emitidos, no por un cuervo, sino por una garganta humana.

Jim apareció en el umbral.

—Preparado el convoy, amigo.

—Bien, allá voy. Tú, a vigilar la puerta, y en cuanto a tí, mi hermosísima paloma, vete a avisar al jefe y dile todo lo que ha pasado. Abrígate bien por el camino, que hace fresco.

Agitó Lambert los dedos, abandonando el ábside.

Al exterior, en el río, cinco balsas empezaban a moverse lentamente río abajo. Cuatro de ellas iban tripuladas por tres hombres cada una.

Saltó Lambert en la última, donde Leslie agitaba los brazos.

El desfile de los acurrucados trapenses y las voluminosas cajas, fue adquiriendo velocidad, siguiendo el curso natural del Dart.

Saber el puerto e identificar el velero, era lo único que quedaba por averiguar al agente Lionel Lambert.

Preguntó:

—¿Cuántas horas, Leslie?

—Dos. Es la mejor vía, bien elegida. A media milla de Darmouth, el río abandona ya el bosque, y entonces son los mulos que dejamos esperando,

los que cargan hasta la caleta.

—Un gran talento el jefe, ¿eh?

—«Lo siento. Conversación prohibida.

—¡Galerna! Pero si sé quién es.

—No importa. Lo tiene prohibido. Y es poco paciente para repetir una orden.

—Bien hecho.

En cada balsa sólo trabajaba un contrabandista empuñando la larga pértiga. A la hora de navegación se relevaron.

El Dart se deslizaba desde la abadía por entre bosque profuso, casi impenetrable en sus riberas.

Al término de las dos horas, el bosque se había aclarado mucho, y se divisaban ya al fondo, las luces de la costa, y el parpadeo de dos faros barriendo el mar.

Las balsas fueron inmovilizándose junto a la ribera, saltando a tierra los contrabandistas.

Empezaron a trasladar las cajas hacia un cerco de piedras, entre las que, unidos en reata, había unos veinte mulos.

Leslie se estremeció cuando de entre unas piedras surgió un hombrecillo que le puso la mano en la boca para contener su grito.

—Soy Lipps —susurró—. El jefe me envía, porque rondan por Exeter la secretaria y un agente del contraespionaje.

—Cayeron. Están presos en la abadía. Un buen elemento este nuevo.

—¿Qué nuevo?

—Lambert.

—Repíte...

—Lambert, con la hermana de Craig, que nos envió el jefe.

—¡Maldición sobre tí, idiota! ¿Dónde está Lambert?

—En la balsa. Pero sí...

—Es agente de una policía internacional secreta.

—¿Interpol?

—Otra aún peor.

—Bueno, está prácticamente preso ahora.

—¡Calla, mamarracho! Suerte que he llegado a tiempo. Dejé a Harper en la costa. Escucha, Leslie del demonio... Mucho cuidado, porque este Lambert lucha como un profesional. Hay que cogerle sin daño. Déjalo que venga hacia aquí. Y díles a Terry y a Rank que vengan aquí conmigo. Que traigan el saco con el anillo doble. Después, corre a la carretera en línea recta. Está el coche, y te llegas al primer pueblo, Victory Land, y telefonea a Exeter, dónde está el jefe. ¡Pronto! La hermana de Craig, a saber lo que habrá hecho desde que os fuisteis... ¡Corre, demonios!

Leslie corrió, pero al telefonear a la fonda de Exeter le dijeron que el señor Harold Folker se había ausentado apenas cenó.

Mientras, Lionel Lambert, terminada la descarga, se encaminó hacia el cerco de piedras, donde estaban ya en reata de tres, los mulos.

Cayó la noche absoluta sobre él.

En forma de saco que le cubrió cabeza y torso hasta las rodillas, mientras un anillo de acero rodeaba su cintura, apretando sus brazos y otro apretaba sus piernas.

—Esperad aquí todos, hasta nuevo orden —ordenó Lipps—. Regresaré antes de una hora. Cargad a este tipo en el coche. No te preocupes, Leslie. Si el jefe no está en la fonda, es que se olió algo. No ha nacido aún quién le engañe.

CAPÍTULO XIII

Jim pulsó una cuerda de su violín, contemplando a la que permanecía en el sillón frente al órgano, silenciosa, transcurridos ya dos minutos desde que saliera Lambert.

El pellizco del violín pareció despertar a Margaret Craig, que posó sus anchos ojos en el centinela.

—Si no he comprendido mal, usted interpreta piezas al violín, pero ignoro la finalidad.

—Está claro. Este lejano rumor, si es oído en alguna granja, hace más evidente que aquí hay fantasmas, y las balsas van río abajo, sin que nadie se acerque.

—Usted parece artista.

—Lo soy por afición. ¿Era usted la que tocaba el órgano?

—Sí.

—Buena interpretación. Si no tuviera que irse...

—Puedo perder unos minutos. ¿Qué pieza es su favorita, Jim?

Y la sonrisa de Margaret era tan arrobadora que el contrabandista sintióse halagadísimo. Hermandad de artistas.

—Son varias. ¿Puedo llamarla Margaret?

—¿Por qué no?

—Es que es usted muy señora.

—El amor a la música a todos nos iguala, Jim. Dígame: ¿le gusta el *Largo* de Haéndel para órgano y tres violines?

—No lo conozco. Haéndel es difícil. Yo... más bien voy por los clásicos como Chopin, Liszt... usted me entiende.

—Hay un *Nocturno* muy sugestivo.

Y ella pulsó el *leit motiv*. Encajó Jim el violín bajo su barbilla, y acompañó el *Nocturno*.

Los dedos de Margaret se deslizaban por el teclado maquinalmente.

Pensaba en el medio de liberar a Lucy y conseguirlo sin violencia.

Su espíritu de justicia le hacía pensar que aquel pobre diablo de violinista que desafinaba atrozmente, no era más que un irresponsable contrabandista.

No era autor moral ni material de la muerte de Chester Craig.

—Magnifico, Jim —mintió ella piadosamente—. Descansaremos un poco.

—Como usted mande.

—No me hace mucha gracia ir por la noche y sola a través de estos parajes.

—Yo la acompañaría, pero las órdenes son órdenes. Si se escapasen los dos presos espías, el jefe me mataría.

—Es natural —convino ella, dominando un estremecimiento—. Su violín es bueno, Jim. ¿Italiano?

—No, no, lo compré en Haymarket por dos libras.

Está algo cascado. Los hay más baratos, pero también muchísimo más caros.

—Yo conozco la pieza de un español que, a lo mejor, porque es fácil y bonita, le gustará oírla.

—¿Albéniz?

—Sarasate. Présteme su instrumento.

Tendió Jim su violín. Ella se levantó, suplicando mentalmente:

“Dáme fuerzas, pero no demasiadas, Señor, y que tu misericordia no permita que me mate a este desgraciado”.

Cogió el violín e hizo como si lo mirara al trasluz. Era buena jugadora de tenis.

El saque que de arriba a abajo tomó por pelota la cabeza de Jim, le habría valido un tanto en la pista de Wimbledon por velocidad y contundencia.

Las cuerdas saltaron, rotas las maderas, y ella tiró el violín como si quemara, llevándose las dos manos a las sienes.

En el suelo, Jim permanecía inmóvil, sin sentido. Se arrodilló ella, murmurando:

—Pobrecillo...

La brecha del cráneo sangraba aparatosamente, y ella buscó en vano algo con qué restañarla, pero dominándose, procedió a quitarle al desvanecido la cuerda que era el cinturón del sayal.

Le ató las muñecas uniéndolas a los tobillos. Después con la capucha que fue rasgando con el cuchillo que halló en el bolsillo del contrabandista, formó unas tiras, vendando mal que bien el cráneo, herido pero no fracturado.

Jim, suspirando, volvió en sí. Gruñó:

—¡Pécora...! No hay que fiarse de: las señoras... ¡Pécora traidora!

—Lo siento —dijo, muy envarada, Margaret—. Habla usted, lo cual demuestra que vive. Y recuerde siempre que andar con perros sucios, acarrea pulgas. Los perros sucios —aclaró—, son sus compañeros malhechores. Y no se mueva ni intente nada porque esta vez lo que le caerá encima será el órgano... ¡rascatripas!

Corrió hacia el refectorio, llegando a la puerta que conducía al sótano.

Empuñó la pesada barra de hierro, levantándola, hasta sacarla de sus dos muescas.

Descorrió la lanzadera e hizo girar la gruesa llave. La puerta no produjo el menor ruido al abrirse.

Volvió a buscar la linterna y con ella regresó para descender los peldaños.

El halo de luz hizo que Harris se detuviera en su vaivén de brazos.

Lucy, abiertos los ojos e incorporada, miró a la portadera de la linterna.

—Ha habido una confusión que luego será aclarada a plena satisfacción, Lucy. Dígame ahora, si tiene confianza en este... hombre que la acompaña.

—Completa —afirmó Lucy.

Dejando la linterna en el peldaño superior, inclinóse Margaret para manipular en los nudos marineros, que enlazaban las muñecas del inspector que rogó:

—Mientras, agradeceríamos la aclaración, señorita Craig.

—A usted yo no le conozco —dijo ella altivamente.

—Le presento a Bertram Hilton —indicó Lucy, añadiendo—: Por un instante creí la monstruosidad que dijo Lambert.

—Lambert, esta misma mañana, me comunicó que había leído cierto manuscrito de Chester, que volvió a dejar en su sitio. Un manuscrito referente a esta abadía y al buzón de Cranmere. Se ausentó yendo con un guía especializado al pantano en cuyo buzón recogió una carta que no presentaba firma. Me explicó Lambert a media tarde que había dejado en el buzón otra carta, en la que imitó la letra hablando de una contraseña y de nuestra complicidad, porque era preciso coger a la banda completa. Vinimos, y luego se vio obligado a seguir mintiendo. Ya está usted libre, señor Hilton.

—Gracias —dijo Harris tan ceremoniosamente como ella.

Procedió con más rapidez a quitar la cuerda que sujetaba a Lucy.

—¿Puedo inquirir qué ha sido del centinela del violín?

—No vi otra solución más a mano sino maltratarle con el mismo violín que el infeliz maltrataba. Está atado.

—Entonces, permítame que abra el paso y salgamos de aquí cuanto antes.

Ambas mujeres corrieron más que andar tras los rápidos pasos de

Harris, el cual, echando un vistazo al entontecido Jim, salió al exterior.

Se alejaron a toda prisa hacia Exeter y cuando ya el abandonado monasterio quedaba invisible, dijo Harris:

—Sigan ahora sin miedo hasta la fonda, Lucy. Allí pida comunicación urgente con el comisario Potter, y ruéguele mande agentes aquí.

—Pero tú debes venir también con nosotras, Bertram porque... —rogó Lucy y de pronto frunció el ceño—: ¿Comisario Potter? Ya decía yo... Tú no eres Bertram... ¡Tú eres el inspector Harris!

—Por favor, señorita Craig. Soy el inspector Harris, y le ruego se lleve consigo rápidamente a Lucy.

—Vamos, Lucy —conminó Margaret, enlazando por los hombros a Lucy.

Iba ella a protestar, pero intervino Harris:

—Denme los dos sayales, pronto. No pueden ir con ellos.

Cogiendo las dos túnicas el inspector Harris desapareció desandando el camino.

—¡Qué... qué caradura...! Hacerse pasar por Bertram...y resulta que era el entrometido del inspector... —jadeaba Lucy.

—Ahora caminemos lo más aprisa posible. Tendremos tiempo después de cambiar impresiones. En efecto, son muchas impresiones para un solo día. Hemos de reconocer que son animosos y deportistas los señores Harris y Lambert. Apresuremos el paso que no estaré tranquila hasta no hallarme entre la gente normal y bien educada.

* * *

A las diez de aquella misma noche, en una fonda elegante de Exeter, Harold Folker cenaba en compañía de un respetable caballero maduro, que con hábiles toques ocultaba su personalidad.

—No está claro, Harper. En este alijo hay mucho dinero en juego. Y tu hija puede hacer fracasar la cosa.

—Te repito que ella no puede saber nada.

—Pero Lambert, sí. En Londres no se hallaban ni Lambert, ni Margaret ni tu hija. Lo siento, pero si ella me hace peligrar el negocio, no podré detenerme a tener en cuenta tus sentimientos paternos.

—Se averiguará lo que vino a hacer aquí con Bertram Hilton, porque era Hilton el chico que nos describió la criada de la otra fonda.

—A la una, a más tardar, sabré por Lipps si todo ha salido bien. Ahora, para matar el tiempo, debemos ir a pasear un poco, hasta averiguar las andanzas del joven Hilton y tu hija.

—Puede haber sido una escapada de anamoriscamiento.

—No tratas de engañarme, viejo —amenazó Folker—. Sabes perfectamente que Lucy no se enamorisca, y menos del vulgar Hilton. Me

estoy oliendo que Hilton es un chivato confidente.

—Vamos hasta la abadía, y saldrás de dudas.

—No antes de que hayan salido las balsas. Es mi norma, como genio y como director de la organización, no tomar parte activa, porque si los otros son capturados, mejor les ayudaré desde fuera que entre rejas. Te elegí, Harper, porque sabes introducirte por donde sea, y abrir los cofres más difíciles. Sentiría perder tu alianza, si como me temo, está dando Lucy un mal paso.

—No seas imaginativo. Ella puede haber oído campanas, pero sin saber dónde repican, o ser el joven Hilton quien las haya oído.

A las once y cuarto de la noche, estaban fuera de Exeter, habiendo reunido datos.

—No cabe ya duda que tu hija y Hilton fueron hacia la abadía. Y desde este mismo instante te advierto que si te sientes papá, mi cuchillo hablará contigo. Te vigilo, viejo.

—Suponiendo que hayan engañado a Lucy complicándola en este asunto, no hay por qué liquidarla. Yo sabría guardarla a buen recaudo.

En silencio, le señaló Folker un sendero que conducía hacia la abadía, por el cual se internó Harper Silverton.

* * *

En el ábside, apoyado en el órgano, Jim se palpaba de vez en cuando la cabeza, libre ya de sus ligaduras.

Respiró entrecortadamente cuando vio acercarse a Harold Folker.

—¡Jefe! Déjame que te explique, déjame que te diga lo que pasó. No es todo culpa mía.

Folker abría y cerraba los muelles de su cuchillo, ceñudo el rostro, brillantes los ojos.

—¡Tengo al espía prisionero! Tú mismo lo puedes ver, jefe.

—Escucha, Jim. Por el camino nos tropezamos con las dos palomas que corrían hacia Exeter. Tuve que derribar a Harper y me costó lo mío atar a las dos mozas, junto al viejo. No las he interrogado todavía. Ahora, ya puedes seguir hablando.

—La Craig me dio con el violín en la cabeza, y huyó con la otra chica. Pero cuando regresó el espía, yo desde el suelo, le así por las piernas y cayó de morros.

Volví a atarlo, y en el sótano está. ¿Qué podía hacer? Me quedé esperando.

—Bien. Creo que salvas el pellejo, Jim. El que tienes abajo es Lambert, ¿no?

—No. Es Hilton.

—¡Maldita sea! ¿Y Lambert?

Contó Jim lo de la carta y la presentación de Lambert. Primero, aumentó el ceño tormentoso de Folker, pero después se fue calmando.

—A Lambert lo cazaré Lipps. Fue ingenioso y por un pelo, caemos todos. ¿Qué dice Hilton?

—¿Qué él venía a pedirte parte, porque se olió algo.

—¿Sabe quién soy?

—Ni la menor idea.

—Mejor. Está visto que eran cuatro los que sabían de este negocio, aparte de Craig. Los cuatro han caído, pero no acabo de comprender cómo pudieron averiguarlo. A lo que parece, Hilton y Lambert trabajan en lo mismo, sin saberlo. Lambert pudo adivinarlo por ser un agente secreto, como al fin he averiguado. Pero, ¿y Hilton? Estoy por creer que hay un chivato entre nosotros.

—Yo puedo jurarte tranquilamente que yo...

—El viejo Harper me da mala espina. Hubiese tenido que alejar a su hija de la oficina, y sin embargo no lo hizo. Casi como si quisiera tenerla allí para... ¡Vete al grupo de las Tres Encinas del Rey Arturo, y registra a las dos mozas y al viejo! Y comprueba las ligaduras antes de volver aquí. Anda, de prisa.

A solas en la abadía, sentóse Folker en el único asiento ante el órgano.

Encendió un cigarro que fumó despaciosamente, y lo había terminado cuando reapareció Jim.

—Todo lo que tenían, jefe.

Folker fue apartando lo que consideraba sin importancia hasta que mostró una cartulina:

—¿De quién pillaste esto?

—Lo llevaba la muchacha de Hilton en el bolsillo del chaquetón.

—Bien, bien... ¿Conque “Los Fantasma Sinceros”? ¡Valiente marrano! Esto es obra del viejo Harper, que gusta del folletín por entregas. Pero no han podido conmigo. Los tengo a todos en la red. Vamos... Entre los dos traeremos aquí a la pareja de palomas y al viejo marrullero, al que sangraré.

Antes de salir, volvió a comprobar la solidez de los cierres de la puerta del sótano.

—Este pájaro para lo último. Es el de menos calado. Coge la linterna, Jim.

Al poco, llegaban al lugar donde tres añejas encinas juntaban sus copas.

—Carga con el viejo, que yo empujaré a las palomas.

Harper Silverton no había sido reconocido por su hija, y no había pronunciado una sola palabra al recobrar el sentido, después de recibir el recio puñetazo en la nuca que le administró Folker, cuando divisaron a las dos mujeres corriendo hacia ellos por el sendero.

Folker masculló:

—Te sangraré en el sótano, viejo. Y todos vosotros iréis a pudriros en las tumbas de la abadía, tan pronto la redada esté completa, y me traigan al listo de Lamben. ¡Andando, y callando, o no llegáis enteros al sótano! ¡Conque “Los Fantasmas Sinceros”, eh, fantasmón? ¿Sorprendida, nena? Más sorpresas te esperan luego, preciosa.

Exhaustas llegaron ellas al ábside.

—Atame a estos tres pichones en las columnas. Apenas llegue Lipps con Lambert, empezaré la función. ¡Y silencio aquí, mientras no ordene yo lo contrario! No pienses en Hilton, nena. Está en el sótano, a buen recaudo. Tanto él como Lambert me van a conocer, pero no lo contarán nunca, ¡los muy chivatos!

Y escupiendo el mordisco del puro, encendió Folker su habano, mientras las dos mujeres y Silverton esperaban un milagro.

El silencio se iba prolongando, hasta que por fin añadió Folker:

—Tal vez te salve a ti, Lucy. Puedes ser un buen “paquete” para Buenos Aires, aunque tampoco estás tú para desdeñar ni muchísimo menos, Margaret. Dime, Lucy, ¿por qué creíste a ciegas en los “Los Fantasmas Sinceros”?

—Porque hasta escribiendo demostraba este señor tener lo que a ti te falta, y que es... ¡hombría!

—¿Oíste, viejo? Te ha llamado señor.

Harper tomó la palabra por vez primera:

—Me enorgullece estar tan bien camuflado que ni mi propia Lucy, me conoce. Calla, hija... No pienses ahora mal de mí. Yo salí regenerado.

—¡Y tanto! —rió Folker brutalmente—. Se avino a formar parte de mi banda y quiso jugar doble juego conmigo, sin importarle meterte en la tormenta. Hay un horror en sus bonitos ojos, nena. Sí, mírale bien, es tu padre, que engañó a su propia familia con el cuento del embarque... Apenas llegue Lambert, te sangraré, viejo traidor.

Harper se encogió de hombros.

—Un profanador de tumbas y antiguas abadías, mal fin va a tener...

—¡A callar! Y sin sermones. Una vez aquí Lambert, queda solucionado todo... ¿Oís? Es el motor del coche de Lipps, y si viene es porque lo trae. ¡Redada completa, pichones que os sentisteis cazadores! Asómate, Jim... ¿Qué es?

—Traen a... ¡sí, es Lambert, jefe! Lo traen con el saco de los dos anillos. ¡Es lipps! ¡Redada completa, jefe!

CAPÍTULO XIV

Lipps valíase de la punta de su cuchillo como acicate, para ir empujando y conduciendo a Lambert que presentaba un raro aspecto.

Cubierto rostro y torso por recia arpillera, rodeados brazos y muslos por dos anillos especiales que se ensanchaban o cerraban mediante la presión sobre la tuerca posterior que unía el cerca de flexible acero.

—Sin novedad, gracias a que calé algo raro, jefe —anunció Lipps orgulosamente—. Los demás esperan tu orden para ir al puerto.

—Vuelve y daos prisa en cargar. Eres grande, Lipps.

El elogio de Folker halagó enormemente al hombrecillo que salió corriendo oyéndose casi al instante el ruido del motor alejándose.

Señalando a Lambert, ordenó Folker:

—Corta.

Lanzó Margaret un grito al ver a Jim avanzar cuchillo en mano, con la punta dirigida hacia el estómago del hombre prisionero y tapado por la arpillera.

El cuchillo de Jim rasgó con arte el saco, que cayó a ambos lados, sostenido por el primer anillo a altura de los codos.

Lambert miró lentamente en rededor. Relucieron furiosos sus ojos al reconocer a Margaret atada a la columna más próxima a donde se hallaba.

—Bien, agente Lambert —dijo Folker—. Estuviste a dos pasos de ganarme la partida, pero fallaste al fin, por demasiado ambicioso. Quisiste saberlo todo. Quisiste averiguar el puerto, el velero, la dotación, para que te dieran una medalla con laurel los de tu organización, y ahora lo único que te espera es perejil en la nariz cuando te degüelle.

—Sólo los cerdos mueren así, Folker —sonrió Lambert.

—¿Por qué miraste con reproche a la hermosa Margaret? Hizo lo que pudo cascando la cabeza de Jim con el violín.

—No fue esto lo que ordené hiciera. Tarde aprende la lección de que la iniciativa femenina, solamente vence en cuestiones amorosas, pero no en acciones hombrunas*. ¿Y adónde vamos a parar con esta charla, Folker?

—Soy curioso por naturaleza, y siendo la primera vez que tengo el placer de medirme con un cerebro investigador, no quiero desaprovechar la ocasión. Luego me entenderé con vosotras, palomas, y en cuanto a ti, viejo, vete rezando. Camina, Lambert, lo mejor que puedas porque la punta de mi cuchillo es muy golosa. Camina hacia el sótano.

Lambert inició su dificultosa marcha en dirección al refectorio. Tras él, cuchillo en mano, ordenó Folker:

—Bien abierta la vista, Jim, hasta mi vuelta.

Abrió la puerta y encendiendo mía linterna, dio un brutal empujón a Lambert que bajó a saltos la escalera y tuvo que hacer un esfuerzo

hercúleo para no caerse.

Ronald Harris, adosado a la pared lateral, junto a los peldaños, miró casi con apreciativa crítica los cercos de acero que aprisionaban al forzudo martiniqués, mientras Folker le empujaba de lado para colocarle junto a él.

Ante ellos dos, enmarcados por el cerco de luz del foco, Folker se mojó el pulgar, pasándolo por la punta del cuchillo.

—Me estás asustando, Folker —ironizó Lambert—. No me digas que piensas degollarme así como así.

—Gallea, que poco cacareo te queda.

—Das la sensación de que te supones inteligentísimo.

—Tienes la prueba bien clara. Soy yo quien empuña la sartén por el mango.

—Pero yo no soy ninguna chuleta, querido Folker. Estás olvidando algo muy importante. Cuando yo lleve un par de días sin dar muestras de vida tendrás a toda mi organización tras vosotros.

—Y si das muestras de vida, igual. Con que prefiero llevarte por delante, para que me abras la cortina del infierno. ¿Y tú que dices, Bertram Hilton?

—Que aquí hay un grave error, jefe.

—¿Jefe de qué, granuja? Tú lo que eres es un soplón chivato confidente de la bofia.

—¡Parece mentira, hombre! —exclamó Harris rodando los ojos bajo las teñidas cejas—. No calumnies así... Lo que pasó fue que cogí un papel escrito y dirigido a Lucy, y fui y me dije: “Aquí hay asunto gordo”, sin saber que eras tú el jefe. Vine aquí para sacar la tajada, sin chantaje, sino trabajando.

—Mientes bien, Hilton.

Lambert rió en estrepitosa carcajada. Notaba a sus espaldas que el cerco doble se iba aflojando, y sin embargo, Hilton, no se había movido ni un milímetro.

Tan sólo su mano izquierda, libre, trabajaba con destreza.

—¿De qué te ríes, cerebro?

—Lo de siempre. Los villanos de opereta, cuándo sois malignos os refociláis amenazando, y contemplando la agonía de vuestros prisioneros. Y, ¿sabes lo que pasa luego?

—Ya lo he visto en las películas. Vienen los buenos o la poli, y os salva a todos, llevando al malo a la horca —rió agriamente Folker—. Pero de ésta, no os salva ni la caridad cristiana.

—Voy a darte un buen consejo. Siempre que agarres a un enemigo, despáchale al instante, en vez de refocilarte como un gato ante el ratón. Fíjate que somos cinco a despachar. ¿A qué esperas para empezar tu trabajo de matarife?

—Cuando a mí me dé la gana, ¿estamos?

Intervino el inspector Harris:

—Eres de un sublime grotesco, jefe. Eres menos listo que Harper.

—Otro que se creyó listo como vosotros. Se metió en mi banda para chivarse, cuando lo supiera todo. Ahora ya lo sabe, como vosotros, pero cómo no se lo cuente a los gusanos...

Lambert escupió a los pies de Folker.

—Ya me harté de oírte, cerdo de dos patas. ¿Gomo prefieres terminar? ¿Colgando de sogas o a cuchillazos?

Folker dando un paso hacia adelante, gruñó exasperado:

—Te voy a cortar la lengua, matón.

Alzó el cuchillo avanzando la zurda hacia la boca de Lambert.

Resopló fuertemente, quedándose con la boca abierta largo rato.

Acababa de recibir en el estómago un recio puntapié de Harris que, hasta entonces, parecía tener los tobillos rodeados por una sogas.

Un violento puñetazo de Lambert en su mica inclinada, acogotó a Folker que quedó boca abajo, removiéndose fatigosamente.

Los dos cercos al caer habían marcado el instante de pausa entre el puntapié y el puñetazo.

Lambert recogió el cuchillo en el suelo, cacheando rápidamente los bolsillos y ropa del asesino, y extrayendo una pistola.

—¿Adónde va, Hilton?

—A quitarle la angustia a Lucy.

—Espere un poco. A Lucy le conviene recordar años y años esta nochecita. Y en cuanto a Margaret, más todavía. ¿Puede explicarme este milagro?

—Cuando volví, desaté a Jim. Le prometí que se saldría con un par de meses de cárcel, si colaboraba en descubrir al jefe de la banda. Le juré que de fallarme, iría a la horca, porque sería acusado de complicidad en el asesinato de Chester Craig. Le aleccioné sobre lo que tenía que hacer y decir, porque tenía el presentimiento de que usted caería en una trampa.

—Y acertó. En Scotland Yard le darían plaza, amigo Hilton.

—Me la dieron hace tiempo, amigo Lambert.

—¿Eh?

—Cuando exploro los docks me llamo Bertram Hilton, pero corrientemente soy el inspector Ronald Harris, de Scotland Yard.

En el suelo, Folker recuperado del doble impacto, aguantó la respiración.

Súbitamente se proyectó hacia delante intentando cabecear en el bajo vientre a Lambert que se limitó a dar un paso de costado.

El cráneo de Folker chocó contra la pared, volviendo a caer sin sentido, arañando el muro húmedo.

—Este mulo se va a hacer daño esta noche si sigue así —comentó Lambert—. ¿Qué hay de los que van llegando a puerto?

—No escapará ni uno porque antes de media hora, recorrerán toda la costa de Dartmouth los coches patrullas en colaboración con las lanchas policiales que alertaré desde Exeter.

Mientras hablaba, Harris había atraído hacia atrás los brazos del desvanecido, colocándole los dos cercos de acero.

Subió las escaleras, llamando:

—¡Jim!

Velozmente asomó el rostro del rufián del violín.

—Entra, Jim. Te estarás quieto aquí, hasta que vengan a recogerte. Trae las manos, y tienes mi promesa de que no te saldrá más allá de un mes.

—Gracias, inspector. Yo nací para músico, pero la vida, ¿sabe...?

—Cuando salgamos ya hablaremos de la vida y sus músicas, Jim.

Cerrando la puerta por fuera, Harris y Lambert atravesaron el refectorio, entrando en el ábside.

—¡Ronny! —gritó agudamente Lucy al verle llegar con las manos libres, y repitió agotada—: Ronny, en lo sucesivo te haré siempre caso...

Harper Silverton emitió una risita como si le cosquillearan.

—Bienvenido, inspector Harris. Tengo que explicarle lo mío, aunque a lo mejor ya lo penetró.

—Lo penetré, señor Silverton. Usted hizo un trabajo de aficionado, para ganarse la consideración de Scotland Yard, metiéndose en la banda de Folker. Debí ponerme en antecedentes. Expuso inútilmente su vida. Bien, inútilmente, no, pues gracias a sus mensajes a Lucy, yo logré...

—¡Padre! —gimió ella corriendo a desatarle.

—Muy enternecedor, inspector Harris —rezongó Lambert—, pero le recuerdo que debe avisar patrullas, lanchas y todos lo demás.

—Voy a ello. En Exeter nos reuniremos. ¿Viene conmigo, señor Harper?

—Voy. ¡Lucy, a Exeter!

—Voy.

Los tres abandonaron el ábside.

Reinó un largo silencio, y por fin, entornados los párpados, murmuró Margaret:

—Le haré observar, Lambert, que sigo atada.

—Disfruto de buena visión. Al no obedecerme, pusiste en peligro toda mi labor.

—Me arrepiento sinceramente. ¿Qué más puedo decir?

—Mucho más. ¿Crees en el flechazo?

—Ruego que me desate.

—El atado soy yo desde que te atisbé, Margaret —y empezó a desatarla, añadiendo—: Nunca he sabido lo que era verdadero amor, hasta verte. Nunca he presentado la clásica esposa, hasta conocerte. Y los que vivieron tormentas pasadas, buscan puerto calmoso, Margaret. ¿Puedo

aspirar a ganarme tu cariño?

Ella frotándose los brazos, musitó:

—Inténtalo...

Se vio de nuevo aprisionada, esta vez entre los brazos masculinos, y habló su instinto. Rendida la cabeza hacia atrás, entregó sus labios.

* * *

El inspector Harris había ya transmitido las órdenes para la gran redada final. Contempló con creciente simpatía al que se había borrado como él, todo rastro de maquillaje.

—Bien, señor Harper, queda un punto por aclarar.

—El degollado que apareció en el río con mi chaquetón, era un cómplice de Folker a quien éste liquidó porque pretendía chivarse... bueno denunciarlo. Lo mató no estando yo presente, y fue el propio Folker quien me sugirió el truco del cambiazo.

—Sería mi deseo, señor Harper, que en lo sucesivo olvidara usted sus trucos, y si los recordara, que fuera al servicio de la ley.

—De acuerdo. ¿Algo más, Ronny?

—Lamento tener que enfocar la posibilidad de tenerle por suegro, si bien me compensa con creces la posibilidad de tener a la señora Silverton por madre política. Hace ya dos años que quiero por esposa a Lucy, y ella, por fin, accede a que yo...

Lucy irrumpió en la sala de la fonda, y Harper Silverton ausentándose, silbaba feliz.

Los fantasmas ingleses desde la revelación de lo sucedido en la abadía de Foxmouth, han sufrido un gran desprestigio en la credulidad campesina. Jim es cocinero en casa de Margaret Lambert, y vive muy a gusto, aunque le está terminantemente prohibido tocar el violín.

FIN



Las mejores obras de:
**"SUSPENSE", ESPIONAJE
Y POLICIACAS**
escritas por los mejores
autores del género



Más de 1.500 títulos en sólo dos
colecciones son prueba evidente
del favor que el público dispen-
sa a nuestras series populares



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 10 PTAS.

Impreso en España